

E. M. CIORAN

ESE MALDITO YO

(Aveux et anathèmes - 1987)

Al margen de la existencia

Cuando el Cristo descendió a los infiernos, los justos de la antigua ley, Abel, Enoch, Noé, desconfiaron de su enseñanza y no respondieron a su llamada. Creyeron que era un emisario del Tentador, cuyas trampas temían. Sólo Caín y los de su especie se adhirieron a su doctrina o fingieron hacerlo, sólo ellos le siguieron y abandonaron con él los infiernos. -Esto es lo que enseñaba Marción.

«La felicidad del malvado», esa vieja objeción contra la idea de un Creador misericordioso o al menos honorable, ¿quién la ha consolidado mejor que aquel heresiarca? ¿Quién además de él ha percibido con semejante agudeza lo que tiene de invencible?

Paleontólogo circunstancial, pasé varios meses dándole vueltas en la cabeza al tema del esqueleto. Resultado: apenas algunas páginas... El tema, es cierto, no incitaba a la prolijidad.

Aplicar el mismo tratamiento a un poeta y a un pensador me parece una falta de gusto. Hay materias que los filósofos no deberían tocar. Desarticular un poema como se desarticula un sistema es un delito, por no decir un sacrilegio.

Cosa curiosa: los poetas exultan cuando no comprenden lo que se dice sobre ellos. La jerga les halaga y les produce la ilusión de un ascenso. Semejante debilidad los rebaja al nivel de sus glosadores.

La nada, para el budismo (a decir verdad para Oriente en general), no implica la significación siniestra que nosotros le damos. Se confunde, por el contrario, con una experiencia extrema de la luz, o, si se prefiere, con un estado de eterna ausencia luminosa, de vacío radiante: es el ser que ha superado todas sus propiedades, o más bien un no-ser extremadamente positivo que dispensa una dicha sin materia, sin substrato, sin ninguna base en mundo alguno.

Tanto me colma la soledad que la mínima cita me resulta una crucifixión.

La filosofía hindú persigue la liberación; la griega, a excepción de Pirrón, Epicuro y algunos inclasificables, es decepcionante: no busca más que la... verdad.

Se ha comparado el nirvana con un espejo que no reflejaría ya ningún objeto. Es decir, con un espejo puro para siempre, para siempre deshabitado.

El Cristo llamó a Satán «Príncipe de este mundo»; San Pablo, queriendo ir más lejos, daría en el clavo llamándole «dios de este mundo».

Cuando semejantes autoridades designan por su nombre a quien nos gobierna, ¿tenemos nosotros derecho a jugar a los desgraciados?

El hombre es libre, salvo en lo que posee de más profundo. En la superficie, hace lo que quiere; en sus capas más oscuras, «voluntad» es un vocablo carente de sentido.

Para neutralizar a los envidiosos, deberíamos salir a la calle con muletas. Únicamente el espectáculo de nuestra degradación humaniza algo a nuestros amigos y a nuestros enemigos.

Con razón en cada época se cree asistir a la desaparición de los últimos rastros del Paraíso terrestre.

Sobre el Cristo aún. Según un relato gnóstico, ascendió a los cielos por odio del *fatum*, para impedir, alterando la disposición de las esferas, que pudiera leerse en los astros.

En semejante jaleo, ¿qué ha podido sucederle a mi pobre estrella?

Un obispo africano me ha contado que en su país se compraba un transistor con una cabra. Este simple hecho basta para sumirnos en un delirio de aniquilamiento.

Kant esperó a la vejez para darse cuenta de los lados sombríos de la existencia y señalar «el fracaso de toda teodicea racional».

...Otros, más afortunados, se dieron cuenta de ello antes incluso de comenzar a filosofar.

Se diría que la materia, celosa de la vida, se dedica a espiarla para encontrar sus puntos flacos y castigarla por sus iniciativas y sus traiciones. Pues la vida no es vida más que por infidelidad a la materia.

Yo soy diferente de todas mis sensaciones. No logro comprender cómo. No logro ni siquiera comprender *quién* las experimenta. Y por cierto, ¿quién es ese yo del comienzo de mi proposición?

Acabo de hojear una biografía. La idea de que todos los personajes que en ella son evocados sólo existen ya en ese libro me ha parecido tan insostenible que he tenido que acostarme para evitar un desfallecimiento.

¿Con qué derecho me echa usted en cara mis verdades? Se permite usted una libertad que yo rechazo. Todo lo que alega es exacto, lo reconozco. Pero no le he autorizado a ser franco conmigo. -(Tras cada explosión de furor, vergüenza acompañada del invariable pavoneo: «Eso es una demostración de carácter», seguido, a su vez, de una vergüenza aún mayor.)

«Soy un cobarde, no puedo soportar el sufrimiento de ser feliz.»

Para calar a alguien, para *conocerlo* realmente, me basta ver cómo reacciona a estas palabras de Keats. Si no comprende inmediatamente, inútil continuar.

«Me sorprende que un hombre tan extraordinario haya podido morir», escribí a la viuda de un filósofo. Sólo me di cuenta de la estupidez de mi carta tras haberla enviado. Mandarle otra hubiera sido arriesgarme a una segunda sandez. Tratándose de pésames, todo lo que no es cliché raya en la inconveniencia o la aberración.

Siendo el hombre un animal enfermizo, cualquiera de sus palabras o de sus gestos equivale a un *síntoma*.

Septuagenaria, lady Montague confesaba haber dejado de mirarse en el espejo desde hacía once años.

¿Excentricidad? Quizá, pero únicamente para aquellos que ignoran el calvario del encuentro cotidiano con su propia jeta.

No puedo hablar más que de lo que experimento; ahora bien, en este momento no

experimento nada. Todo me parece anulado, todo se halla detenido para mí. Intento no amargarme ni vanagloriarme por ello. «En el transcurso de las numerosas vidas que hemos vivido», se lee en *El Tesoro de la verdadera Ley*, «¡cuántas veces hemos nacido en vano, muerto en vano!»

El mejor medio de desembarazarse de un enemigo es hablar bien de él por todas partes. Acabará enterándose y dejará de tener la fuerza necesaria para perjudicarnos: le habremos roto su resorte... Seguirá atacándonos, pero ya sin vigor ni consecuencias, pues inconscientemente habrá dejado de odiarnos. Ha sido vencido e ignora al mismo tiempo su derrota.

Cuanto más avance el hombre, menos encontrará a *qué* convertirse.

Es conocido el ucase de Claudel: «Estoy con todos los Júpiter contra todos los Prometeos». Por mucho que hayamos perdido toda ilusión sobre la revuelta, semejante enormidad despierta al terrorista que duerme en nosotros.

No guardamos rencor a quienes hemos insultado; estamos, por el contrario, dispuestos a reconocerles todos los méritos imaginables. Desgraciadamente, esta generosidad no se halla nunca en el insultado.

Quienes prescinden totalmente del Pecado original apenas me interesan. Por lo que a mí respecta, recorro a él en toda circunstancia y no veo cómo podría evitar sin él una consternación ininterrumpida.

Kandinsky afirma que el *amarillo* es el color de la vida.
...Se comprende ahora por qué ese color hace tanto daño a los ojos.

Cuando se debe tomar una decisión capital, nada hay más peligroso que consultar con los demás, dado que, salvo algunos extraviados, nadie desea sinceramente nuestro bien.

Inventar palabras nuevas sería, según Madame de Staël, el «síntoma más seguro de la esterilidad de las ideas». La observación parece más justa hoy que al principio del siglo pasado. Ya en 1649 Vaugelas había decretado: «A nadie le está permitido crear nuevas palabras, ni siquiera al soberano».

Que los filósofos, más aún que los escritores, mediten sobre esta prohibición antes incluso de ponerse a pensar.

Se aprende más en una noche en vela que en un año de sueño. Lo cual equivale a decir que una paliza es mucho más instructiva que una siesta.

Los dolores de oídos que padecía Swift son en parte la causa de su misantropía. Si las enfermedades de los demás me interesan tanto, es para hallarme inmediatamente puntos comunes con ellos. A veces tengo la impresión de haber compartido todos los suplicios de aquellos a quienes he admirado.

Esta mañana, tras haber oído a un astrónomo hablar de *miles de millones* de soles, he renunciado a asearme: ¿para qué seguir lavándose?

El tedio es una forma de ansiedad, pero de una ansiedad depurada de miedo. Cuando nos aburrirnos no tememos, en efecto, nada, salvo el aburrimiento mismo.

Todo aquel que ha soportado una adversidad mira por encima del hombro a quienes no la han padecido. La insoportable infatuación de los operados...

En la exposición «París-Moscú», sobrecogimiento ante el retrato de Remizov de joven, pintado por Ilya Répine. Cuando le conocí, Remizov tenía ochenta y seis años: vivía en un piso casi vacío que quería para su hija la portera de la casa, la cual hacía todo lo posible para echarlo de él, pretextando que era un foco de infección, un nido de ratas. El escritor que Pasternak consideraba como el mejor estilista ruso había llegado a esos extremos. El contraste entre el anciano ajado, miserable, olvidado por todo el mundo, y la imagen del joven brillante que estaba viendo, me quitó completamente las ganas de visitar el resto de la exposición.

Los antiguos desconfiaban del éxito porque temían la envidia de los dioses, pero también el peligro del desequilibrio interior causado por cualquier éxito como tal. ¡Qué superioridad sobre nosotros demuestra el haber comprendido ese peligro!

Es imposible pasar noches en vela y ejercer un oficio: si en mi juventud mis padres no hubieran *financiado* mis insomnios, me habría seguramente liquidado.

Sainte-Beuve escribía en 1849 que la juventud abandonaba el mal romántico para soñar, siguiendo el ejemplo de los seguidores de Saint-Simon, con el «triumfo ilimitado de la industria».

Ese sueño, plenamente realizado, desacredita todas nuestras empresas y la idea misma de *esperanza*.

¡Si supieran los hijos que no he querido tener la felicidad que me deben!

Mientras el dentista me machacaba las mandíbulas, yo me decía que el Tiempo era el único tema sobre el que se debería meditar, que El era la causa de que me encontrase sobre aquel sillón fatal y de que todo crujiera, incluido el resto de mis dientes.

Si he desconfiado siempre de Freud, la culpa la tiene mi padre: él contaba sus sueños a mi madre, aguándome así todas las mañanas.

Siendo el gusto por el mal innato, no tenemos ninguna necesidad de fatigarnos para adquirirlo. ¡Con qué habilidad el niño ejerce de entrada sus malos instintos, con qué competencia, con qué furia!

Una pedagogía digna de ese nombre debería prever cursillos de camisa de fuerza. Habría quizá que extender, más allá de la infancia, esta medida a todas las edades, por el bien de la comunidad.

Pobre del escritor que no cultive su megalomanía, que la vea menguar sin reaccionar. Pronto se dará cuenta de que uno no se vuelve *normal* impunemente.

Victima yo de una angustia que no sabía cómo quitarme de encima, llaman a la puerta. Abro. Era una señora de cierta edad a la que no esperaba en absoluto. Durante tres horas me martirizó con tales necedades que mi angustia se transformó en cólera. Estaba salvado.

La tiranía destruye o fortalece al individuo; la libertad lo debilita y lo convierte en un fante. El hombre tiene más posibilidades de salvarse a través del infierno que del paraíso.

Dos amigas, actrices en un país del Este. Una de ellas se instala en Occidente, donde se hace rica y célebre; la otra permanece en su país, desconocida y pobre. Medio siglo después, esta última viene a ver a su afortunada compañera. «Era mucho más grande que yo, me sacaba la cabeza, y ahora está encogida y paralizada.» Tras contarme otros detalles, me dice a guisa de conclusión: «Yo no tengo miedo de la muerte, yo tengo miedo de la muerte en la vida».

Nada mejor para disimular una revancha tardía que el recurso a la reflexión filosófica.

Fragmentos, pensamientos fugitivos, decís. ¿Se les puede llamar *fugitivos* cuando se trata de obsesiones, es decir, de pensamientos cuya característica principal es justamente no *huir*?

Acababa de escribir una carta muy moderada, muy como es debido a alguien que no lo merecía en absoluto. Antes de enviarla, añadí algunas alusiones impregnadas de una vaga amargura. En el mismo momento en que echaba la carta, sentí que la rabia me invadía y con ella un desprecio por mi arrebató noble, por mi deplorable acceso de *distinción*.

Cementerio de Picpus. Un joven y una señora ajada. El guardián les explica que el cementerio está reservado a los descendientes de los guillotinos. La señora interviene:

-iNosotros lo somos!

¡De qué manera lo dijo! Después de todo, es posible que fuese cierto. Pero su tono provocativo me inclinó inmediatamente del lado del verdugo.

Abriendo en una librería los *Sermones* de Meister Eckhart, leo que el sufrimiento es intolerable para quien sufre por sí mismo, pero que es ligero para quien sufre por Dios, porque en ese caso es Dios quien lleva la carga, aunque ella contenga el sufrimiento de todos los hombres.

Si he caído sobre ese pasaje, no ha sido por casualidad, dado lo bien que se aplica a quien nunca podrá descargar sobre nadie todo lo que pesa sobre él.

Según la Cábala, Dios permite que su esplendor disminuya para que los ángeles y los hombres puedan soportarlo. Lo cual equivale a decir que la Creación coincide con un debilitamiento de la claridad divina, con un esfuerzo hacia la sombra que el Creador ha consentido. La hipótesis del oscurecimiento voluntario de Dios tiene el mérito de abrirnos a nuestras propias tinieblas, responsables de nuestra irreceptividad a cierta luz.

Lo ideal sería poder repetirse como... Bach.

Aridez grandiosa, sobrenatural: es como si comenzase para mí una segunda existencia sobre otro planeta en el que la palabra fuese desconocida, en un universo reacio al lenguaje e incapaz de crearse uno.

No se habita un país, se habita una lengua. Una patria es eso y nada más.

Tras haber leído en un libro de inspiración psicoanalítica que Aristóteles, de joven, había envidiado seguramente a Filipo, padre de Alejandro Magno, su futuro alumno, resulta imposible no pensar que un sistema que pretende ser una terapéutica, y en el que se hacen semejantes conjeturas, no puede sino ser sospechoso, pues *inventa* secretos por el placer de inventar explicaciones y curaciones.

Hay algo de charlatán en todo aquel que triunfa, sea en la materia que sea.

Una visita a un hospital y, cinco minutos después, se hace uno budista si no lo es ya, o vuelve a serlo si había dejado de serlo.

Parménides. No veo por ningún lado el ser que exalta y me imagino mal en su esfera que no posee ninguna fractura, ningún *lugar* para mí.

En el tren, enfrente de mí, una mujer de una fealdad indecente roncaba con la boca abierta: una agonizante inmunda. ¿Qué hacer? ¿Cómo soportar semejante espectáculo? -Stalin vino en mi auxilio. En su juventud, mientras pasaba entre dos filas de esbirros que le azotaban, se absorbió totalmente en la lectura de un libro, de manera que su atención se desvió de los golpes con los que se le gratificaba. Valiéndome de ese ejemplo; me sumergí yo también en un

libro, deteniéndome en cada página con una extremada aplicación, hasta el momento en que el monstruo dejó de agonizar.

Decía el otro día a un amigo que, a pesar de no creer ya en la escritura, no quería sin embargo renunciar a ella, que trabajar es una ilusión defendible y que tras haber emborrinado una página o simplemente escrito una frase me entran siempre ganas de silbar.

Las religiones, al igual que las ideologías, que han heredado sus vicios, no son en el fondo más que cruzadas contra el humor.

Todos los filósofos que he conocido eran, sin excepción, impulsivos.
La tara de Occidente ha afectado incluso a quienes deberían haberse hallado exentos de ella.

Ser como Dios y no como los dioses: ése es el objetivo de los verdaderos místicos, los cuales no son lo suficientemente modestos como para rebajarse al politeísmo.

Se me invita a un coloquio en el extranjero, porque necesitan, al parecer, mis vacilaciones.
El escéptico de servicio de un mundo agonizante.

Abuso de la palabra Dios, la utilizo con frecuencia, con demasiada frecuencia. Lo hago cada vez que alcanzo un extremo y necesito un vocablo para nombrar lo que hay *después*. Prefiero Dios a lo Inconcebible.

En un libro ascético se asegura que la incapacidad de tomar partido es un signo de que no se está «iluminado por la luz divina».
Dicho con otras palabras, la irresolución, esa *objetividad* total, sería un camino de perdición.

Descubro indefectiblemente un comienzo de desbaratamiento en todos aquellos a quienes les interesan las mismas cosas que a mí...

He leído un libro sobre la vejez únicamente porque la foto del autor me incitaba a ello. Esa mezcla de rictus y de imploración, y esa expresión de estupor convulsivo, iqué reclamo, qué garantía!

«Este mundo no ha sido creado según el deseo de la Vida», se dice en el Ginza, texto gnóstico de una secta de Mesopotamia.
A recordar siempre que no se disponga de un argumento mejor para neutralizar un desencanto.

Tras tantos años, tras toda una vida, volví a verla. «¿Por qué lloras?», le pregunté de entrada.
«No lloro», me respondió. Y en efecto no lloraba, me sonreía, pero habiendo la edad deformado sus rasgos la alegría no podía ya acceder a su rostro, en el que se hubiera podido leer: «Quien no muera joven, se arrepentirá tarde o temprano».

No deberíamos molestar a nuestros amigos más que para nuestro entierro. Y aún así...

Quien vive demasiado malogra su... biografía. En resumidas cuentas, sólo pueden considerarse plenamente realizados los destinos rotos.

El hastío, ese achaque con reputación de frívolo, que nos hace vislumbrar, sin embargo, el abismo del que emana la necesidad de rezar.

«Dios no ha creado nada que odie más que este mundo y tanto lo odia que desde el día en que lo creó no ha vuelto a mirarlo.»

No sé quién fue el místico musulmán que escribió esto, ignoraré siempre el nombre de ese amigo.

Innegable ventaja de los agonizantes: poder proferir trivialidades sin comprometerse.

Retirado en el campo tras la muerte de su hija Tulia, Cicerón, invadido por la tristeza, se escribía a sí mismo cartas de consuelo. Lástima que se hayan perdido y, más aún, que esa terapéutica no se haya convertido en algo corriente. Ciertamente es que si hubiera sido adoptada, las religiones habrían fracasado desde hace tiempo.

El patrimonio que más nos pertenece: las horas en que no hemos hecho nada... Son ellas las que nos forman, las que nos individualizan, las que nos vuelven *desemejantes*.

Un psicoanalista danés que padecía jaquecas tenaces y había sido tratado sin resultado por un colega, fue a ver a Freud, quien le curó en algunos meses. Es este último quien lo afirma y no nos cuesta creerle. Un discípulo, por muy mal que esté, es imposible que no se encuentre mejor en contacto cotidiano con su Maestro. Qué maravillosa cura ver a quien más se estima en el mundo interesándose durante tanto tiempo por nuestras miserias. Pocas enfermedades se negarían a desaparecer ante semejante solicitud. Recordemos que el Maestro tenía en este caso todas las características de un fundador de secta disfrazado de hombre de ciencia. Si obtuvo Curaciones fue menos a causa de su método que de su fe.

«La vejez es la cosa más inesperada de todas las que le suceden al hombre», escribe Trotsky unos años antes de morir. Si de joven hubiera tenido la intuición exacta, visceral, de esa verdad, ¡qué lamentable revolucionario hubiera sido!

Las hazañas sólo son posibles en las épocas en que la auto-ironía no ha hecho aún estragos.

Su destino fue realizarse a medias. Todo estaba truncado en él: su manera de ser tanto como su manera de pensar. Un hombre de fragmentos, fragmento él mismo.

Al abolir el tiempo, el sueño suprime la muerte. Los difuntos se aprovechan de ello para importunarnos. La noche pasada fue mi padre. Era como lo conocí y sin embargo tuve un momento de duda. ¿Y si no fuera él? Nos besamos a la rumana, pero, como siempre con él, sin efusiones, sin calor, sin las demostraciones típicas de un pueblo expansivo. Si supe que era él fue precisamente a causa de ese beso sobrio, glacial. Me desperté diciéndome que sólo se resucita como un intruso, como un aguasueños, que esa inmortalidad inoportuna es la única que existe.

La puntualidad es una variedad de la «locura del escrúpulo». Por llegar a la hora, yo sería capaz de cometer un crimen.

Cada vez que el futuro me parece concebible, tengo la impresión de haber sido visitado por la Gracia.

Por encima de los presocráticos, estamos a veces tentados de colocar a esos heresiarcas cuyas obras fueron mutiladas o destruidas, y de las que no quedan más que algunos fragmentos de frase irresistiblemente misteriosos.

¿Por qué tras haber hecho una buena acción se tienen ganas de seguir una bandera, cualquier bandera?

Nuestros arrebatos de generosidad implican un peligro: nos hacen perder la cabeza. A no ser que se sea generoso por haber justamente perdido la cabeza, siendo como es la generosidad

una forma patente de embriaguez.

¡Si fuese posible identificar el defecto de fabricación cuyas huellas tan evidentes son en este universo!

Sigo aún extrañándome de ver hasta qué punto los sentimientos viles son sentimientos vivos, normales, inatacables. Cuando los experimentamos nos sentimos revigorizados, reintegrados en la comunidad, al mismo nivel que nuestros semejantes.

El hombre olvida con tanta facilidad que es un ser maldito porque lo es desde siempre.

La crítica es un contrasentido: no hay que leer para comprender a los demás, sino para comprenderse a sí mismo.

Quien se ve *tal como* es se eleva por encima de quien resucita a los muertos. Estas palabras han sido pronunciadas por un santo. No conocerse a sí mismo es la ley de todos, y no se la infringe sin riesgo. La verdad es que nadie tiene el valor de infringirla, y eso explica la exageración del santo.

Es más fácil imitar a Júpiter que a Lao-Zi.

Estar al corriente de todo es la prueba de que se posee un espíritu fluctuante que no busca nada personal, un espíritu impropio para la obsesión, ese *impasse sin fin*.

Un eminente eclesiástico se burlaba del pecado original. «Ese pecado es su medio de sustento», le dije, «sin él moriría usted de hambre, pues su ministerio no tendría ningún sentido. Si el hombre no está destituido desde su origen, ¿por qué vino el Cristo? ¿Para redimir a quién y qué?» A mis objeciones, no tuvo más respuesta que una sonrisa condescendiente.

Una religión está acabada cuando sólo sus adversarios intentan preservar su integridad.

Los alemanes no se dan cuenta de que es ridículo considerar de la misma manera a un Pascal y a un Heidegger. La diferencia es inmensa entre un *Schicksal* y un *Beruf*, entre un destino y una profesión.

Un silencio abrupto en medio de una conversación nos hace volver de repente a lo esencial: nos revela el precio que debemos pagar por la invención de la palabra.

¡No tener ya nada en común con los hombres salvo el hecho de ser hombre!

Muy bajo tiene que caer una sensación para que se digne a transformarse en idea.

Crear en Dios nos dispensa de creer en cualquier otra cosa -lo cual supone una ventaja inestimable. Siempre he envidiado a quienes creían en él, aunque creerse Dios me parezca más fácil que creer en Dios.

Una palabra disecada ya no significa nada, ya no es nada. Como un cuerpo, que tras la autopsia es menos que un cadáver.

Todo deseo suscita en mí un contra-deseo, de manera que, haga lo que haga, sólo cuenta para mí lo que no he hecho.

Sarvam anityam: todo es transitorio (Buda).

Fórmula que deberíamos repetirnos durante todo el día, a pesar del riesgo admirable de palmarla a causa de ella.

No sé qué sed diabólica me impide romper mi pacto con mi aliento.

Perder el sueño y cambiar de lengua: dos desventuras. La primera independiente de uno mismo, la otra deliberada. Solo, cara a cara con las noches y con las palabras.

Quien goza de buena salud no es real. Lo posee todo salvo el ser -que únicamente otorga una salud improbable.

De todos los clásicos, es quizás Epicuro quien mejor ha sabido despreciar a la muchedumbre. Otro motivo más para celebrarlo. ¡Qué idea la mía de haber admirado tanto a un payaso como Diógenes! Lo que yo debería haber frecuentado es el Jardín del sabio y no el ágora ni menos aún el tonel...

(Sin embargo, el mismo Epicuro me ha decepcionado más de una vez. ¿No trata de idiota a Theognis de Megara por haber afirmado que más valía no haber nacido o, una vez nacido, atravesar cuanto antes las puertas del Hades?)

«Si se me pidiera que clasificara las miserias humanas», escribe el joven Tocqueville, «lo haría por este orden: la enfermedad, la muerte, la duda.»

La duda como calamidad: semejante opinión yo nunca hubiera podido sostenerla, pero la comprendo como si la hubiera concebido -en otra vida.

«El final de la Humanidad llegará cuando todo el mundo sea como yo», declaré un día en un arrebato que no me corresponde calificar a mí.

En cuanto salgo a la calle, pienso: «¡Qué perfección en la parodia del Infierno!».

«Son los dioses quienes tienen que venir a mí y no yo quien tiene que ir a ellos», respondió Plótino a su discípulo Amelius, que quería llevarle a una ceremonia religiosa.

¿En quién, dentro del mundo cristiano, encontraríamos un orgullo de semejante calidad?

Había que dejarle hablar de todo e intentar aislar las palabras fulgurantes que se le escapaban. Era una erupción verbal sin sentido, acompañada de gesticulaciones de santo histriónico y chiflado. Para ponerse a su nivel había que divagar como él, proferir sentencias sublimes e incoherentes. Un diálogo póstumo, entre espectros apasionados.

En la iglesia de Saint-Séverin, escuchando al órgano *El Arte de la Fuga*, me repetía: «He aquí la *refutación* de todos mis anatemas».

Taras

Cuando se ha salido del círculo de errores y de ilusiones en el interior del cual se desarrollan los actos, tomar posición es casi imposible. Se necesita un mínimo de estupidez para todo, para afirmar e incluso para negar.

Todo lo que me opone al mundo me es consustancial. La experiencia me ha enseñado pocas cosas. Mis decepciones me han precedido siempre.

Para poder vislumbrar lo esencial no debe ejercerse ningún oficio. Hay que permanecer tumbado todo el día, y gemir...

Existe un placer innegable en saber que lo que se hace no posee ninguna base real, que da lo mismo realizar un acto que no realizarlo. Sin embargo, en nuestros gestos cotidianos contemporizamos con la Vacuidad, es decir, alternativamente y a veces al mismo tiempo,

consideramos este mundo como real e irreal. Mezclamos verdades puras con verdades sórdidas, y esa amalgama, vergüenza del pensador, es la revancha del ser normal.

No son los males violentos los que nos marcan, sino los males sordos, los insistentes, los tolerables, aquellos que forman parte de nuestra rutina y nos minan tan meticulosamente como el Tiempo.

Imposible asistir más de un cuarto de hora sin impaciencia a la desesperación de alguien.

La amistad sólo resulta interesante y profunda en la juventud. Es evidente que con la edad lo que más se teme es que nuestros amigos nos sobrevivan.

Podemos imaginarlo todo, predecirlo todo, salvo hasta dónde podemos hundirnos.

Lo que aún me apega a las cosas es una sed heredada de antepasados que llevaron la curiosidad de existir hasta la ignominia.

Cuánto debían de detestarse los trogloditas en la oscuridad y la pestilencia de las cavernas. Es normal que los pintores que malvivían en ellas no hayan querido inmortalizar el rostro de sus semejantes y hayan preferido el de los animales.

«Habiendo renunciado a la santidad...» -iPensar que he sido capaz de escribir semejante enormidad! Debo sin embargo tener alguna excusa y espero hallarla aún.

Fuera de la música, todo, incluso la soledad y el éxtasis, es mentira. Ella es justamente ambos, pero *mejorados*.

¡Hasta qué punto la edad lo simplifica todo! En una biblioteca pido cuatro libros: dos tienen la letra demasiado pequeña, los dejo sin examinarlos; el tercero, demasiado... serio, me parece ilegible. El cuarto me lo llevo sin convicción...

Podemos estar orgullosos de lo que hemos hecho, pero deberíamos estarlo mucho más de lo que no hemos hecho. Ese orgullo está por inventar.

Tras una tarde con él quedaba extenuado, pues la necesidad de controlarme, de evitar la menor alusión susceptible de herirle (y todo le hería), me dejaba al final sin fuerzas, insatisfecho tanto de él como de mí mismo. Siempre acababa reprochándome haberle dado la razón en todo por escrúpulos llevados hasta la baja, me despreciaba por no haber reaccionado, por no haber explotado, en lugar de haberme impuesto tan extenuante ejercicio de delicadeza.

Nunca se dice de un perro o de una rata que es *mortal*. ¿Con qué derecho se ha arrogado el hombre ese privilegio? Después de todo, la muerte no es un descubrimiento suyo. ¡Qué fatuidad creerse su beneficiario exclusivo!

A medida que perdemos la memoria los elogios que se nos han prodigado se borran, contrariamente a los reproches. Y ello es justo: los primeros raramente se merecen, mientras que los segundos nos revelan aspectos de nosotros mismos que ignorábamos.

Si yo hubiera nacido budista, lo sería aún; pero nací cristiano y dejé de serlo en la adolescencia, en una época en que mucho más que hoy hubiera podido exagerar, de haberla conocido, la blasfemia que Goethe escribió el mismo año de su muerte en una carta a Zelter: «La cruz es la imagen más odiosa que existe bajo el cielo».

Lo esencial surge con frecuencia al final de las conversaciones. Las grandes verdades se dicen en los vestíbulos.

Lo caduco en Proust son sus futilidades cargadas de un vértigo prolijo, el regusto a estilo simbolista, la acumulación de efectos, la saturación poética. Es como si Saint-Simon hubiera sufrido la influencia de las Preciosas. Nadie le leería hoy.

Una carta digna de ese nombre sólo puede escribirse bajo el efecto de la admiración o de la indignación, de la exageración en suma. De ahí que una carta sensata sea una carta inexistente.

He conocido a escritores obtusos e incluso tontos. Por el contrario, los traductores con los que he tratado eran más inteligentes e interesantes que los autores a quienes traducían. Es lógico: se necesita más reflexión para traducir que para «crear».

Quien esté considerado por sus amigos como alguien «extraordinario», no debe dar pruebas de lo contrario. Que evite dejar trazas y sobre todo que no escriba, si desea ser algún día para todos lo que fue para algunos solamente.

Cambiar de idioma, para un escritor, es como escribir una carta de amor con un diccionario.

«Creo que tú has llegado a detestar tanto lo que piensan los demás como lo que tú mismo piensas», me dijo aquella amiga poco después de vernos tras una larga separación. Más tarde, en el momento de despedirnos, me citó un apólogo chino del que podía deducirse que nada iguala el olvido de sí mismo. Ella, el ser más *presente*, el más rebosante de «yo» que pueda imaginarse, ¿por qué especie de malentendido preconiza ahora la renuncia hasta el punto de creer que ofrece el ejemplo perfecto?

Incorrecto hasta lo intolerable, mezquino, desastrado, insolente, sutil, intrigante y calumniador, captaba los menores matices de todo, gritaba feliz ante una exageración o una broma... Todo en él era atrayente y repulsivo. Un canalla al que se echa de menos.

Nuestra misión es realizar la mentira que encarnamos, lograr no ser más que una ilusión agotada.

La lucidez: martirio permanente, inimaginable proeza.

Quienes desean hacernos confidencias escandalosas cuentan cínicamente con nuestra curiosidad para satisfacer su necesidad de exhibir secretos. Saben además que se los envidiaremos demasiado para revelarlos.

Sólo la música puede crear una complicidad indestructible entre dos seres. Una pasión es perecedera, se degrada como todo aquello que participa de la vida; mientras que la música pertenece a un orden superior a la vida y, por supuesto, a la muerte.

Si no poseo el gusto del misterio es porque todo me parece inexplicable, o mejor dicho, porque lo inexplicable es mi único sustento y estoy harto de él.

X. me reprocha que me comporte como un espectador, que no participe en nada, que lo nuevo me repugne. -«Pero si yo no quiero cambiar nada», le respondo. Sin embargo, no ha comprendido el sentido de mi respuesta: me cree modesto.

Se ha señalado acertadamente que la jerga filosófica cambia tan rápidamente como el argot: ¿Las razones? La primera es demasiado artificial, el segundo demasiado vivo. Dos excesos

desastrosos.

Vive sus últimos días desde hace meses, o desde hace años, y habla de su final en pasado. Una existencia póstuma. Como me extraño de que logre mantenerse en vida sin comer apenas, me dice: «Mi cuerpo y mi alma han tardado tantos años en soldarse que ya no logran separarse».

Si no tiene voz de moribundo es porque hace tiempo ya que no está vivo. «Soy una vela apagada», son sus palabras más justas sobre su última metamorfosis. Y cuando evoco la posibilidad de un milagro, me responde: «Me harían falta varios».

Tras quince años de soledad absoluta, San Serafin de Sarow recibía a quienes le visitaban exclamando: «¡Oh, qué alegría!».

¿Quién que no haya dejado nunca de codearse con sus semejantes, sería lo suficientemente extravagante para saludarles así?

Sobrevivir a un libro destructor es tan penoso para el lector como para el autor.

Es preciso encontrarse en estado de receptividad, es decir, de debilidad física, para que las palabras nos lleguen, penetren en nosotros y comiencen en nuestro interior una especie de carrera.

Deicida es el insulto más halagador que se le puede dirigir a un individuo o a un pueblo.

El orgasmo es un paroxismo; la desesperación, otro. El primero dura un instante; el segundo una vida.

Aquella mujer tenía un perfil de Cleopatra. Siete años después hubiera podido pedir limosna en una esquina. -Experiencia que debiera curarnos en el acto y para siempre de toda idolatría, de todo deseo de buscar lo insondable en unos ojos, en una sonrisa o en una voz.

Seamos razonables: nadie puede estar completamente de vuelta de todo. Y puesto que no existe una decepción universal, tampoco podría existir un conocimiento universal.

Todo lo que no es desgarrador es superfluo -en música por lo menos.

Brahms representa, según Nietzsche, *die Melancholie des Unvermögens*, la melancolía de la impotencia.

Semejante juicio, escrito el mismo año de su crisis, empaña para siempre el esplendor de su hundimiento.

No haber hecho nunca nada y morir sin embargo extenuado.

Esos transeúntes idiotizados... -¿Pero cómo hemos podido caer tan bajo? ¿Y cómo imaginar un espectáculo así en la Antigüedad, en Atenas por ejemplo? Basta un minuto de lucidez aguda en medio de esos condenados para que todas las ilusiones se derrumben.

Cuanto más se detesta a los hombres, más maduro se está para Dios, para un diálogo con nadie.

La fatiga extrema lleva tan lejos como el éxtasis, con la diferencia de que con ella se *desciende* hasta los límites del conocimiento.

Igual que la aparición del Crucificado dividió la historia en dos, esta noche acaba de dividir en dos mi vida...

Todo parece miserable e inútil en cuanto la música enmudece. Se comprende así que pueda ser odiada y se sientan tentaciones de considerar su absoluto como un fraude. Porque *cuando se la ama demasiado* hay que reaccionar contra ella como sea. Nadie percibió su peligro mejor que Tolstoi, pues sabía que podía dominarlo completamente. De ahí que comenzara a execrarla por miedo de convertirse en juguete suyo.

La renuncia es la única variedad de acción no envilecedora.

¿Es imaginable un ciudadano que no posea un alma de asesino?

Tener solamente el gusto por el pensamiento indefinido que no llega a la palabra y por el pensamiento instantáneo que vive sólo gracias a ella. La divagación y la *boutade*.

Un joven alemán me pide en la calle un franco. Converso con él y me cuenta que ha recorrido medio mundo y que ha estado en la India, país del que admira a los mendigos, a quienes se jacta de imitar. Sin embargo, no se pertenece impunemente a una nación didáctica. Le observé pedir: parecía haber recibido cursos de mendicidad.

La naturaleza, buscando una fórmula que pudiera satisfacer a todo el mundo, escogió finalmente la muerte, la cual, como era de esperar, no ha satisfecho a nadie.

Hay en Heráclito un lado Delfos y un lado manual escolar, una mezcla de ideas fulminantes y de rudimentos; fue un inspirado y un preceptor. Es una lástima que no hiciera abstracción de la ciencia, que no siempre pensara *fuera* de ella.

He condenado con tanta frecuencia toda forma de acto, que manifestarme, de la manera que sea, me parece una impostura, por no decir una traición. -Sin embargo continúa usted respirando. -Sí, hago como todo el mundo. *Pero...*

¡Qué juicio sobre los seres vivos si es verdad, como alguien ha sostenido, que lo que perece nunca ha existido!

Mientras me exponía sus proyectos, le escuchaba sin poder olvidar que no le quedaban más que unos días de vida. Qué locura la suya de hablar de futuro, de su futuro. Pero, ya en la calle, ¿cómo no pensar que a fin de cuentas la diferencia no es tan grande entre un mortal y un moribundo? Lo absurdo de hacer proyectos es sólo un poco más evidente en el segundo caso.

Quedamos siempre anticuados por lo que admiramos. En cuanto citamos a alguien que no sea Homero o Shakespeare, corremos el riesgo de parecer pasados de moda o tocados de la cabeza.

Como máximo, podemos imaginar a Dios hablando francés. Jamás al Cristo. Sus palabras pierden su encanto y su vigor en una lengua tan inadecuada para lo ingenuo o lo sublime.

¡Interrogarse sobre el hombre durante tantos años! Imposible exagerar más el gusto por lo malsano.

¿La rabia proviene de Dios o del Diablo? -De los dos. ¿Cómo explicar si no que sueñe con galaxias para pulverizarlas y no pueda consolarse de tener únicamente a su alcance este pobre, este miserable planeta?

¿Para qué nos agitamos tanto? Para volver a ser lo que éramos antes de ser.

X., que ha fracasado en todo, se lamenta de no haber tenido un destino. -Todo lo contrario, le digo. La serie de tus fracasos es tan notable que parece revelar un designio providencial.

La mujer fue importante mientras simuló pudor y reserva. ¡Qué deficiencia demuestra empeñándose en dejar de jugar el juego! Ahora ya no vale nada, pues se asemeja a nosotros. Así desaparece una de las últimas mentiras que hacían tolerable la existencia.

Amar al prójimo es algo inconcebible. ¿Acaso se le pide a un virus que ame a otro virus?

Los únicos acontecimientos importantes de una vida son las rupturas. Ellas son también lo último que se borra de nuestra memoria.

Cuando supe que él era totalmente impermeable a Dostoievsky y a la Música, me negué, a pesar de sus grandes méritos, a conocerlo. Prefiero conversar con un retrasado mental sensible a cualquiera de los dos.

El hecho de que la vida no tenga ningún sentido es una razón para vivir, la única en realidad.

Habiendo vivido día tras día en compañía del Suicidio, sería injusto e ingrato que lo denigrara ahora. ¿Existe algo más sano, más natural? Lo que no lo es, es el apetito rabioso de existir, tara grave, tara por excelencia, mi tara...

Magia de la decepción

No deberíamos hablar más que de sensaciones y de visiones: nunca de ideas -pues ellas no emanan de nuestras entrañas ni son nunca verdaderamente *nuestras*.

Devastado por el tedio, ese ciclón al *ralentí*...

Existe, es evidente, una melancolía sobre la que a veces actúan los fármacos; existe otra, subyacente a nuestras explosiones de alegría, que nos acompaña constantemente, sin dejarnos *solos* ni un instante. De esa maléfica presencia nada nos permite librarnos: ella es nuestro «yo» frente a sí mismo para siempre.

A un poeta extranjero que, tras haber dudado entre varias capitales, acaba de desembarcar aquí, le digo que ha tenido una magnífica idea, que en esta ciudad particularmente «brillante» existe, entre otras, la ventaja de morir de hambre sin molestar a nadie. Para animarle aún más, preciso que el fracaso es en ella tan natural que equivale a un oficio. Detalle éste que le satisface plenamente, a juzgar por el resplandor que percibo en sus ojos.

«El hecho de que hayas llegado a la edad que tienes, prueba que la vida posee un sentido», me dijo un amigo tras más de treinta años de separación. Con frecuencia recuerdo esta frase y me impresiona todavía, a pesar de haber sido pronunciada por alguien que siempre le ha encontrado un sentido a todo.

Para Mallarmé, condenado, según él, a velar las veinticuatro horas del día, el sueño no era una «verdadera necesidad» sino un «favor».

Sólo un gran poeta podía permitirse el lujo de decir semejante majadería.

Los animales, al parecer, no conocen el insomnio. Si se les impidiera dormir durante algunas semanas, su naturaleza y su comportamiento cambiarían radicalmente. Experimentarían sensaciones desconocidas hasta entonces, sensaciones que creemos de exclusiva propiedad nuestra. Desequilibremos al reino animal, si queremos que nos alcance y nos reemplace.

Cada vez que escribo a una amiga nipona, le recomiendo una obra de Brahms. En su última carta me cuenta que acaba de salir de una clínica de Tokyo a la que fue trasladada en ambulancia por haberse entregado demasiado a mi «ídolo». ¿Ha sido a causa del Trío nº 2 opus 87 o de la Sonata n.º 2 opus 99? Qué importa... Sólo lo que invita al desfallecimiento merece la pena ser escuchado.

Imposible encontrar en toda la verborrea existente sobre el Conocimiento, en cualquier *Erkenntnistheorie*, con las que tanto se deleitan los filósofos, sean alemanes o no, el menor homenaje a la Fatiga en sí, el estado ideal para penetrar hasta el fondo de las cosas. Semejante olvido o ingratitud desprestigia definitivamente a la filosofía.

Paseo por el cementerio de Montparnasse.

Todos, jóvenes o viejos, hacían proyectos. Ahora han dejado de hacerlos.

Imbuido de su ejemplo, juro de vuelta a casa que tampoco yo volveré a hacerlos nunca más.

Paseó indudablemente benéfico.

Pienso en C., para quien beber café era la única razón de existir. Un día que le hablaba de los méritos del budismo, me respondió: «El Nirvana, de acuerdo, pero con café».

Todos tenemos alguna manía que nos impide aceptar incondicionalmente la dicha suprema.

Leyendo el texto de Madame Périer, concretamente el pasaje en que cuenta que Pascal, su hermano, a partir de los dieciocho años no había vivido, según su propia confesión, ni un solo día sin sufrir, mi sobrecogimiento fue tal que tuve que morderme el puño para no gritar.

Era en una biblioteca pública. Yo tenía, es útil precisarlo, dieciocho años justamente. ¡Qué presentimiento, pero también qué locura, y qué presunción!

Desembarazarse de la vida es privarse de la satisfacción de reírse de ella.

Única respuesta posible a quienes nos anuncian su intención de suprimirse.

El ser no decepciona nunca, ha afirmado un filósofo. ¿Quién decepciona entonces? Imposible que sea el no-ser, por definición incapaz de decepcionar. Esa ventaja, forzosamente irritante para nuestro filósofo, le ha obligado a promulgar una tan evidente falsedad.

Si la amistad es interesante es porque resulta, casi tanto como el amor, una fuente inagotable de desengaños y de rabias, y por ello de sorpresas fecundas de las que no sería razonable desear abstenerse.

El medio más seguro de no perder la razón inmediatamente: recordar que todo es irreal que lo seguiré siendo...

Me tiende una mano ausente. Le hago gran cantidad de preguntas, pero sus respuestas extremadamente lacónicas acaban desanimándome. No dice ninguna de esas expresiones inútiles tan necesarias para el diálogo, pues se trata efectivamente de un diálogo. La palabra es un signo de vida, de ahí que el loco charlatán se encuentre más cerca de nosotros que el medio loco bloqueado.

Imposible defendernos de un adulator. No podemos darle la razón sin hacer el ridículo; tampoco increparle y enviarle a paseo. No tenemos más remedio que comportarnos con él como si dijera la verdad, dejarnos incensar a falta de saber cómo reaccionar. El cree que consigue engañarnos, que nos domina, y saborea su triunfo sin que podamos desengañarle. Con frecuencia se trata de un futuro enemigo que se vengará un día de haberse rebajado ante nosotros, un agresor disfrazado que planea sus golpes mientras pronuncia sus hipérbolos.

El método más eficaz de hacerse amigos fieles es felicitarles por sus fracasos.

Aquel pensador se refugió en la prolijidad como otros en el estupor.

Cuando durante cierto tiempo nos hemos interesado por un tema, podemos emitir inmediatamente un juicio sobre cualquier libro que trate de él. Acabo de abrir uno sobre la gnosis y he comprendido enseguida que no era fiable. Sin embargo, no he leído más que una frase y sólo soy un aficionado, un incompetente vagamente ilustrado en la materia.

Imaginemos entonces a un especialista absoluto de algo, a un monstruo, a Dios, por ejemplo: todo lo que nosotros hacemos deben parecerle chapuzas, incluso nuestros logros inimitables, incluso aquellos que deberían humillarlo y obligarle a capitular.

Entre el *Génesis* y el *Apocalipsis* no reina más que la impostura. Es importante saberlo, pues semejante evidencia vertiginosa, una vez asimilada, hace superfluas todas las recetas de la sabiduría.

Cuando se ha cedido a la tentación de escribir un libro, se piensa con admiración en aquel rabino hasídico que abandonó el proyecto de escribir uno por dudar de poder hacerlo exclusivamente para Su Creador.

Si la Hora de la Decepción sonara al mismo tiempo para todos, asistiríamos a una versión totalmente nueva o del paraíso o del infierno.

Imposible *dialogar* con el dolor físico.

Retirarse indefinidamente en sí mismo, como Dios tras el sexto día. Imitémosle al menos en eso.

La luz del alba es la luz verdadera, la luz primordial. Cada vez que la contemplo bendigo a mis malas noches por ofrecerme la posibilidad de asistir al espectáculo del Comienzo. Yeats la califica de «lasciva». Bello hallazgo inevidente.

Cuando me enteré de que se iba a casar, creí oportuno disimular mi asombro con un tópico: «Todo es compatible con todo». -Y él: «Es cierto, puesto que el hombre es compatible con la mujer».

Una llama atraviesa la sangre. Pasar al otro lado, esquivando la muerte.

Ese aire presuntuoso que se adquiere con motivo de una gran calamidad...

En el culmen de cierta proeza que sería ocioso nombrar, dan ganas de exclamar: «¡Todo queda consumado!».

Los tópicos de los Evangelios, y especialmente los de la Pasión, conviene tenerlos siempre a mano, incluso en los momentos en que se piensa poder prescindir de ellos.

Las raras notas de carácter escéptico de los Padres de la Iglesia son hoy consideradas como *rasgos* modernos. Es natural: habiendo el cristianismo desempeñado ya su papel, lo que en sus comienzos anunciaba su final es ahora tema de delectación.

Cada vez que veo a un mendigo borracho, sucio, alucinado, apestoso, tumbado con su botella en la acera, pienso en el hombre del mañana ensayando su final y lográndolo perfectamente.

A pesar de encontrarse gravemente desequilibrado, no dice más que trivialidades sin parar. De vez en cuando, sin embargo, hace una observación que raya en el cretinismo y la genialidad. Para algo tenía que servir la disgregación del cerebro.

Cuando creemos haber alcanzado cierto grado de renuncia, consideramos farsantes a todos los atareados, incluidos los fundadores de religiones. Pero la renuncia, ¿no participa también de la farsa? Si los actos son mascaradas, su rechazo lo es igualmente: noble mascarada, sin embargo.

Su indolencia me deja perplejo y admirado a la vez. No se apresura por nada, no persigue ningún fin preciso, ningún tema le apasiona. Parece como si al nacer hubiera tomado un calmante que continúa haciéndole efecto, permitiéndole conservar su sonrisa indestructible.

¡Ay de quien, habiendo agotado sus reservas de desprecio, no sepa ya qué sentimiento experimentar respecto a los demás y respecto a sí mismo!

Retirado del mundo, enemistado con todos sus amigos, me leía, con el mínimo acento ruso casi indispensable en aquella ocasión, el comienzo del Libro de los libros. Llegado al momento en que Adán es expulsado del Paraíso, se quedó pensativo, con la mirada perdida, mientras yo, más o menos claramente, me decía que después de milenios de falsas esperanzas, los humanos, hartos de falacias, acabarán recobrando el sentido de la maldición, haciéndose así dignos de su primer antepasado.

Si Meister Eckhart es el único «escolástico» que puede ser leído aún, es porque en él la profundidad va acompañada de encanto, de *glamour*, cualidad rara en las épocas de fe intensa.

Escuchando aquel oratorio, ¿cómo admitir que todas aquellas imploraciones, aquellas explosiones de alegría desgarradora no escondiesen ninguna realidad, que no fuesen destinadas a nadie, que no hubiese nada tras ellas, que debieran perderse para siempre *en el aire*?

En un pueblo hindú dedicado a la producción de chales de cachemira, un industrial europeo pasó una temporada examinando los procedimientos que inconscientemente empleaban los tejedores. Tras haberlos estudiado a fondo, creyó oportuno revelárselos a los interesados, quienes perdieron así la espontaneidad, dejando de ser excelentes obreros.

El exceso de deliberación perjudica a todos los actos. Disertar demasiado sobre la sexualidad equivale a sabotearla. El erotismo, plaga de las sociedades crepusculares, es un atentado contra el instinto, es la impotencia organizada. No se reflexiona sin riesgo sobre las proezas que no necesitan la mínima reflexión. El orgasmo jamás ha sido un acontecimiento filosófico.

Mi dependencia del clima me impedirá siempre admitir la autonomía de la voluntad. La meteorología decreta el color de mis pensamientos. No se puede ser más rastaramente determinista que yo, pero ¿cómo evitarlo? En cuanto olvido que poseo un cuerpo, creo en la libertad. Pero tan pronto como me llama al orden y me impone sus miserias y sus caprichos, dejo inmediatamente de creer en ella. Montesquieu tenía razón: «La dicha o la desgracia dependen de la disposición de los órganos».

Si hubiese realizado lo que un día me propuse, ¿me sentiría hoy más satisfecho? Seguramente no. Habiendo partido con el deseo de llegar lejos, hasta el límite de mí mismo, comencé a mitad de camino a dudar de mi tarea y de todas las tareas.

Generalmente se encapricha uno de una Eva o de una idea bajo el efecto de un apetito suicida. ¡Qué iluminación sobre la esencia del amor y del fanatismo!

No existe mayor obstáculo para lograr la liberación que la necesidad del fracaso.

Conocer, ordinariamente, es estar de vuelta de algo; conocer, absolutamente, es estar de

vuelta de todo. La iluminación representa un paso más: consiste en la certeza de que en adelante no se volverá a ser víctima del engaño, es una última mirada sobre la ilusión.

Intento en vano imaginar el cosmos sin... mí. Afortunadamente, la muerte se apresurará a remediar la insuficiencia de mi imaginación.

Puesto que nuestros defectos no son meros accidentes de superficie, sino el fondo mismo de nuestra naturaleza, no podemos corregirlos sin deformarla a ella, sin pervertirla aún más.

Nada queda más rápidamente anticuado que la revuelta, es decir, nuestra reacción más *viva*.

Aquel poeta se especializó en lo *fulgurante*.

Prefiero ofrecer mi vida en sacrificio que serle *necesario* a alguien.

Según la mitología védica, todo aquel que se eleva a través del conocimiento destruye el bienestar del cielo. Los dioses, constantemente al acecho, viven aterrorizados ante la posibilidad de ser superados.

¿No hacía lo mismo el Patrón del *Génesis*? ¿No espiaba al hombre porque le temía, porque le consideraba como un rival?

En tales condiciones, es comprensible el deseo de los grandes místicos de huir de Dios, de sus límites y de sus miserias, para ilimitarse en la Deidad.

Muriendo nos convertimos en los dueños del mundo.

Una vez repuestos de una «pasión», volver a entusiasmarse por un ser parece tan inconcebible que resulta imposible imaginar a alguien, ni siquiera a un insecto, que no esté abismado en la decepción.

Mi misión es ver las cosas tal como son. Todo lo contrario de una misión...

Proceder de un país donde el fracaso constituía una obligación y donde «no he podido realizarme» era el leitmotiv de todas las confidencias.

Yo no hubiera podido adaptarme a ningún destino. Estaba hecho para existir antes de mi nacimiento y después de mi muerte, pero no durante mi existencia.

Esas noches en las que estamos persuadidos de que todo el mundo ha evacuado el universo, incluidos los muertos, y que somos nosotros el último ser vivo en él, el último fantasma.

Para compadecerse de alguien hay que exagerar la obsesión de sí mismo hasta la saturación, hasta la repugnancia, dado que ese paroxismo del asco es síntoma de salud, la condición necesaria para poder escapar a las tribulaciones o preocupaciones propias.

Imposible hallar lo verdadero por ningún lado; por todas partes simulacros, de los que no debería esperarse nada. ¿Por qué añadir entonces a una decepción inicial todas las que se producen y la confirman con una regularidad diabólica día tras día?

«El Espíritu Santo no es escéptico», nos enseña Lutero.

No todo el mundo puede serlo, desgraciadamente...

El desaliento, siempre al servicio del conocimiento, nos revela el otro lado, la sombra interior, de los seres y de las cosas. De ahí la sensación de infalibilidad que proporciona.

El paso puro del tiempo, el tiempo desnudo, reducido a una esencia de transcurso, sin la discontinuidad de los instantes, sólo se percibe en las noches que pasamos en blanco. Todo

desaparece en ellas. El silencio se insinúa por todas partes. Se escucha, pero no se oye nada. Los sentidos no se orientan ya hacia el exterior. Pero, ¿hacia qué exterior? Hundimiento al que sobrevive ese puro paso del tiempo a través de nosotros y que es nosotros, que sólo acabará con el sueño o con el día.

Lo serio no es precisamente un atributo de la existencia; lo trágico sí, por implicar una idea de aventura, de desastre gratuito, mientras que lo serio, por el contrario, postula un objetivo. Ahora bien, la gran originalidad de la existencia reside en no poseer ninguno.

Cuando se ama a una persona, se desea, para unirse más a ella, que una gran desgracia le suceda.

No ser ya tentado más que por el más allá de los... extremos.

Si obedeciera a mis primeros impulsos, me pasaría los días escribiendo cartas de injurias y de despedida.

Tuvo la indecencia de morirse. Hay de hecho algo de inconveniente en la muerte. Pero ese aspecto, por supuesto, es el último que nos viene a la mente.

He derrochado horas y horas reflexionando sobre aquello que me parecía eminentemente digno de ser profundizado: sobre la vanidad de todo, sobre lo que no merece ni un segundo de reflexión, puesto que no vemos qué podríamos decir aún de ello a favor o en contra de la evidencia misma.

Si prefiero las mujeres a los hombres es porque ellas tienen la ventaja de ser más desequilibradas, es decir, más complicadas, más perspicaces y más cínicas, por no hablar de esa misteriosa superioridad que confiere una esclavitud milenaria.

Como Gogol, Akhmatova no deseaba poseer nada. Daba los regalos que le hacían a los pocos días de haberlos recibido. Ese rasgo recuerda las costumbres de los nómadas, obligados a lo provisional por necesidad y por gusto. Joseph de Maistre cita el caso de un príncipe ruso amigo suyo que dormía en un lugar cualquiera de su palacio y que no tenía, por así decirlo, cama *fija*, pues vivía con el sentimiento de encontrarse en él siempre de paso, de estar acampando allí en espera de irse en cualquier momento.

Cuando el Este de Europa nos proporciona tales modelos de renuncia, ¿por qué buscarlos en la India o en otros lugares?

Las cartas que se reciben y en las que no se habla más que de luchas interiores y de interrogaciones metafísicas, cansan rápidamente. En todo, para lograr la impresión de lo verdadero, se necesita lo *mezquino*. Si los ángeles se pusieran a escribir, serían, a excepción de los caídos, ilegibles. La *pureza* es difícilmente comunicable, por incompatible con el aliento.

Sorprendido en la calle por el «misterio» del Tiempo, me dije que San Agustín hizo bien en abordar semejante tema dirigiéndose directamente a Dios: ¿con quién debatirlo si no?

Hubiera podido expresar todo lo que me atormenta si el oprobio de no ser músico me hubiera sido evitado.

Librado una tarde a preocupaciones capitales, me tumbé en la cama por ser ésa la posición ideal para reflexionar sobre el nirvana denominado *sin resto*, sin la menor traza de un yo, ese obstáculo para la liberación, para el estado de no-pensamiento. Sentimiento de extinción feliz al principio, luego extinción feliz sin sentimiento. Llegué a creerme en el umbral del estadio final, pero no fue más que su parodia, el deslizamiento en el torpor, en el abismo de la... siesta.

Según la tradición judía, la Torah -obra de Dios- precede al mundo en dos mil años. Jamás pueblo alguno se ha estimado tanto a sí mismo. ¡Atribuir a su libro sagrado tal antigüedad, creer que data de antes del *Fiat Lux!*
Es así como se crea un gran destino.

Abro una antología de textos religiosos y caigo de entrada sobre esta frase de Buda: «Ningún objeto merece ser deseado». -Cierro inmediatamente el libro, pues tras eso, ¿qué leer?

Con los años, el carácter se pierde. Cada vez que logramos demostrar lo contrario nos encontramos mal, parecemos estar forzándonos. De ahí el malestar que experimentamos ante quienes desbordan de convicciones.

La dicha de haber tratado a un verdadero gascón. Jamás vi abatido a uno que conocí bien. Todas sus desgracias, que fueron considerables, me las anunciaba como si fueran triunfos. La diferencia entre él y Don Quijote era ínfima. De vez en cuando intentaba, sin embargo, ver exactamente, pero sus esfuerzos resultaban siempre vanos. Fue hasta el final un optimista, un aspirante a la decepción.

Si me hubiera dejado llevar por mis impulsos, hubiera acabado loco o ahorcado.

He observado que después de una conmoción interior, mis reflexiones, tras un breve despegue, tomaban un cariz lamentable e incluso grotesco. Ello me ha sucedido en todas mis crisis, lo mismo en las decisivas que en las otras. En cuanto se eleva uno ligeramente por encima de la vida, ella se venga devolviéndonos a su nivel.

Me resulta imposible saber si me tomo en serio o no. El drama del desapego es que no se pueden medir los progresos que se hacen. Se avanza en un desierto y no se sabe nunca dónde se está.

Había venido desde lejos a buscar el sol y el sol, hallado al fin, me era hostil. ¿Y si me lanzase desde lo alto del acantilado? Mientras hacía consideraciones más bien sombrías mirando a la vez los pinos, las rocas y las olas, sentí de repente hasta qué punto me encontraba sometido a este bello universo maldito.

Muy injustamente, se otorga al tedio un estatuto menor que a la angustia. En realidad es más virulento que ella, pero le repelen las demostraciones que tanto le gustan a aquélla. Más modesto y sin embargo más devastador, puede surgir en cualquier momento, mientras que la angustia, distante, se reserva para las grandes ocasiones.

Viene como turista y le encuentro siempre por casualidad. Esta vez, particularmente expansivo, me cuenta que se encuentra maravillosamente bien, que experimenta una sensación de bienestar de la que es continuamente consciente. Le replico que su salud me parece sospechosa, que no es normal darse cuenta constantemente de que se la posee, que la verdadera salud no se *siente* nunca. Desconfíe de su bienestar, le dije al separarnos.
Inútil añadir que no he vuelto a verle.

A la mínima contrariedad y, con mayor razón, al menor pesar, debemos precipitarnos al cementerio más próximo, dispensador inmediato de una calma que vanamente buscaríamos en otro lugar. Por fin un remedio milagroso.

La decepción, trasmigración en sentido contrario, al hacernos revivir sin motivo nuestra vida, nos da la ilusión de haber vivido varias.

Mi debilidad por Talleyrand. -Cuando se ha practicado el cinismo de palabra únicamente, se siente una gran admiración por alguien que tan magistralmente lo tradujo en actos.

Si un gobierno decretara en pleno verano que las vacaciones son prolongadas indefinidamente y que, so pena de muerte, nadie debe abandonar el paraíso en que se encuentra, se producirían suicidios en masa y masacres sin precedentes.

La felicidad y la desgracia me hacen igualmente desdichado. ¿Por qué entonces he preferido más de una vez la primera?

La profundidad de una pasión se mide por los sentimientos bajos que encierra y que garantizan su intensidad y su duración.

Según Goethe, la muerte, *retratista mediocre*, daría a los rostros un aspecto falso, inauténtico; no hubiera sido él, desde luego, quien, como Novalis, la hubiera identificado con el principio «romantizador» de la vida.

Digamos en su favor que, habiendo vivido cincuenta años más que el autor de los *Himnos a la Noche*, dispuso del tiempo necesario para perder sus ilusiones sobre ella.

En el tren, una mujer de cierta edad, distinguida, con su hijo, subnormal, de unos treinta años, el cual de vez en cuando le cogía el brazo, le daba un fuerte beso en él y la miraba luego beatíficamente. Ella, radiante, le sonreía.

Yo no sabía lo que era una curiosidad *petrificada*. Lo sé ahora por haberla experimentado ante aquel espectáculo. Una nueva variedad de consternación me fue así revelada.

La música sólo existe mientras dura la audición, como Dios mientras dura el éxtasis.

El arte supremo y el ser supremo poseen en común el hecho de depender totalmente de nosotros.

Para algunos, de hecho para la mayoría, la música es estimulante y consoladora; para otros es un disolvente deseado, un medio inesperado de perderse, de zozobrar con lo mejor que se posee.

Romper con los dioses, con los antepasados, con la lengua y con el país propios, romper sin más, es ciertamente una experiencia terrible, pero también exaltadora, una experiencia que buscan ávidamente los desertores y más aún los traidores.

De todo lo que nos hace sufrir, nada tanto como la decepción nos produce la sensación de que alcanzamos por fin lo Verdadero.

En cuanto comenzamos a envejecer, en lugar de afligirnos, deberíamos invocar el derecho a dejar de ser nosotros mismos.

Podemos obtener más o menos todo, salvo lo que en secreto deseamos. Es sin duda justo que lo que más nos interesa resulte inalcanzable, que lo esencial de nosotros mismos y de nuestro camino permanezca oculto e irrealizado. La Providencia ha hecho bien las cosas: que cada cual saque provecho y se enorgullezca del prestigio derivado de las derrotas íntimas.

Según el Zohar, Dios creó al hombre para que permaneciera idéntico a sí mismo, y con ese fin le recomendó la fidelidad al árbol de la vida. Pero el hombre prefirió el otro árbol, el situado en la «región de las variaciones». ¿Su caída? La locura del cambio, fruto de la curiosidad, fuente de todas las desgracias. -De esa manera, lo que para nuestro primer antepasado no fue más que un capricho, iba a ser para todos nosotros *ley*.

Un poco de conmiseración entra en toda forma de afección, en el amor y hasta en la amistad, salvo, no obstante, en la admiración.

Salir indemne de la vida -eso es algo que podría suceder, pero que sin duda no sucede jamás.

Los desastres demasiado recientes poseen el inconveniente de impedirnos discernir sus lados positivos.

Fueron Schopenhauer y Nietzsche quienes mejor hablaron en el siglo pasado del amor y de la música. Sin embargo, los dos no frecuentaron más que los burdeles y en cuestión de músicos, el primero adoraba a Rossini y el segundo a Bizet.

Habiendo encontrado a L. por casualidad, le dije que la rivalidad entre los santos fue la más encarnizada y secreta de todas. El me pidió ejemplos: yo no encontré ninguno en ese momento y continuó sin encontrarlos ahora. Lo cual no quita para que el hecho me siga pareciendo incontestable...

La conciencia: suma de nuestros malestares desde el nacimiento hasta nuestro estado actual. Los malestares se desvanecieron; la conciencia permanece -pero ha perdido sus orígenes... e incluso los ignora.

La melancolía se alimenta de sí misma, de ahí que no pueda renovarse.

Afirmación sorprendente del Talmud: «Cuanto más hombres hay, más imágenes de lo divino existen en la naturaleza».

Eso quizás haya sido cierto en los tiempos en que la observación fue hecha, pero hoy es desmentido por todo lo que se ve y lo será aún más en el futuro por todo lo que se verá.

Confiaba en poder asistir en vida a la desaparición de nuestra especie. Pero los dioses no me han sido favorables.

Sólo soy feliz cuando pienso en la renuncia y me preparo a ella. El resto es desabrimiento y agitación. Renunciar no es fácil. Sin embargo, tender a ello simplemente aporta una especie de sosiego. ¿Tender? Pensar únicamente en ello basta para darnos la ilusión de ser otra persona, y esa ilusión es ya una victoria la más halagadora, aunque también la más falaz.

Nadie tanto como él tenía el sentido de la irrealidad de todo. Cada vez que le hablaba de ello me citaba, con una sonrisa cómplice, la palabra sánscrita *lila*, que significa gratuidad absoluta según el Vedanta, creación del mundo por diversión divina. ¡Cuánto reímos juntos de todo! Y ahora él, el más jovial de los desengañados, se encuentra bajo tierra por culpa suya, por haberse dignado tomar por una vez la nada en serio.

Frente a los instantes

Es el sufrimiento y no el genio, únicamente el sufrimiento, lo que nos permite dejar de ser marionetas.

Cuando se sufre el hechizo de la muerte, todo sucede como si la hubiéramos conocido en una existencia anterior y nos hallásemos ahora impacientes de encontrarla de nuevo lo más pronto posible.

En cuanto sospechéis de alguien que posee el menor gusto por el Porvenir, sabed que conoce la dirección de más de un psiquiatra.

«Sus verdades son irrespirables.» -«Lo son *para usted*», le repliqué inmediatamente a aquel

inocente.

Sin embargo, hubiera debido añadir: «Para mí también», en lugar de hacer el baladrón...

El hombre no está satisfecho de ser hombre. Pero no sabe *hacia qué* regresar ni cómo volver a un estado del que ha perdido todo recuerdo claro. La nostalgia que tiene de él constituye el fondo de su ser, y a través de ella comunica con lo más antiguo que subsiste en él.

En la iglesia desierta, el organista se ejercitaba. No había en ella nadie más, salvo un gato que se acercó a mí... Sus atenciones me conmovieron profundamente: las martirizantes interrogaciones de siempre me asaltaron. La respuesta del órgano no me pareció satisfactoria, pero en el estado en que me encontraba fue una respuesta, a pesar de todo.

El ser idealmente verídico -sigue siendo lícito imaginarlo- sería aquel que en ningún momento buscaría refugio en el eufemismo.

Sin rival en el culto de la Impasibilidad, he aspirado a ella frenéticamente, de manera que cuanto más deseaba alcanzarla, más me alejaba de ella. Justa derrota para quien persigue un fin contrario a su naturaleza.

Vamos de desconcierto en desconcierto. Esta consideración no implica ninguna consecuencia ni impide a nadie realizar su destino, acceder en suma al desconcierto integral.

La ansiedad, lejos de proceder de un desequilibrio nervioso, se apoya en la constitución misma de este mundo, y no vemos por qué no estaríamos ansiosos en cada instante, dado que el tiempo mismo no es más que ansiedad en plena expansión, una ansiedad de la que no distinguimos el comienzo ni el final, una ansiedad eternamente conquistadora.

Bajo un cielo extremadamente desolado, dos pájaros se persiguen, indiferentes a ese fondo lúgubre... Su tan evidente alborozo es más propio para rehabilitar un viejo instinto que la literatura erótica en su conjunto.

Llorar de admiración, -única excusa de este universo, puesto que necesita una.

Por solidaridad con un amigo que acaba de morir, cerré los ojos y me dejé sumergir por ese semi-caos que precede al sueño. Al cabo de algunos minutos creí aprehender esa realidad infinitesimal que nos une aún a la conciencia. ¿Me hallaba en el umbral del final? Un instante después me encontraba en el fondo de un abismo, sin el mínimo rastro de espanto. ¿Dejar de ser sería, pues, tan simple? Sin duda, si la muerte no fuera más que una experiencia, pero ella es la experiencia misma.

¡Qué idea la mía de *jugar* con un fenómeno que no sucede más que una vez! Imposible experimentar lo único.

Cuanto más se ha sufrido, menos se reivindica. Protestar es una prueba de que no se ha atravesado ningún infierno.

Por si no tuviera bastantes preocupaciones, ahora me inquietan las que debían de conocerse en la edad de las cavernas.

Nos odiamos porque no podemos olvidarnos, porque no podemos pensar en otra cosa. Es inevitable que nos exaspere esta preferencia excesiva y que nos esforcemos por vencerla. Odiarse es sin embargo la estratagema menos eficaz para lograrlo.

La música es una ilusión que compensa de todas las demás.

(Si ilusión fuese una palabra destinada a desaparecer, me pregunto qué sería de mí.)

Nadie, en un estado de neutralidad, puede percibir la pulsación del Tiempo. Para lograrlo, es necesario un malestar *sui generis*, favor que procede de no se sabe dónde.

Cuando hemos entrevisto la vacuidad y consagrado a la *sunyata* un culto a la vez ostensible y clandestino, no podemos ya adherirnos a un dios lamentable, encarnado, personal. Por otro lado, la desnudez carente de toda presencia, de toda contaminación humana, de la que es proscrita la idea misma de un yo, compromete la posibilidad de todo culto, forzosamente ligado a la sospecha de una supremacía individual. Pues según un himno del Mahayana, «si todas las cosas están vacías, ¿quién es celebrado y por quién?».

El sueño, mucho más que el tiempo, es el antídoto ideal contra las congojas. El insomnio, por el contrario, amplificando la mínima contrariedad y convirtiéndola en tragedia, vela sobre nuestras heridas, impidiendo que se marchiten.

En lugar de observar el rostro de los transeúntes, me fijé en sus pies, y todos aquellos agitados se redujeron a pasos que se precipitaban -¿hacia qué? Y me pareció evidente que nuestra misión era rozar el polvo en busca de un misterio carente de seriedad.

La primera cosa que me contó un amigo al que había perdido de vista desde hacía lustros: habiendo coleccionado venenos desde hacía muchos años no había logrado matarse por no saber cuál de ellos preferir...

No se minan las razones de vivir sin a la vez minar las de *escribir*.

La irrealidad es una evidencia que olvido y descubro cada día. Hasta tal punto se confunde esta comedia con mi existencia que no consigo disociarlas. ¿Por qué esa repetición bufona, por qué esa farsa?

Sin embargo no se trata de una farsa, pues gracias a ella formo parte de los vivos, o lo parezco.

Todo individuo como tal, antes incluso de hundirse totalmente, está hundido ya, y se encuentra en los antípodas de su modelo inicial.

¿Cómo explicar que el hecho de no haber sido, que la ausencia colosal que precede al nacimiento no parezca incomodar a nadie, y que aquel a quien le perturba no le perturbe demasiado?

Según un antiguo chino, una sola hora de felicidad es todo lo que un centenario podría confesar haber gozado tras haber reflexionado bien sobre las vicisitudes de su existencia. ...Puesto que todo el mundo exagera, ¿por qué los sabios habrían de ser una excepción?

Quisiera olvidarlo *todo* y despertarme frente a la luz anterior a los instantes.

La melancolía redime a este universo, y sin embargo es ella la que nos separa de él. Haber pasado la juventud a una temperatura demiúrgica.

¿Cuántas decepciones conducen a la amargura? -Una o mil, depende del individuo.

Concebir el acto de pensar como un baño de veneno, como un pasatiempo de víbora elegíaca.

Dios es el ser condicionado por excelencia, el esclavo de los esclavos, prisionero de sus

atributos, de lo que es. El hombre, por el contrario, dispone de cierta independencia, en la medida en que no es, en que, no poseyendo más que una existencia prestada, se agita en su pseudorrealidad.

Para armarse, la vida ha demostrado un raro ingenio; para negarse, igualmente. ¡La cantidad de medios que ha podido inventar para deshacerse de sí misma! La muerte es con mucho su mayor hallazgo, su logro prodigioso.

Las nubes pasaban. En el silencio de la noche, hubiera podido oírse el ruido que hacían apresurándose. ¿Por qué nos hallamos aquí, qué sentido puede tener nuestra presencia ínfima? Pregunta sin respuesta a la cual, sin embargo, respondí espontáneamente, sin la menor reflexión, y sin sonrojarme por haber proferido una insigne trivialidad: «Estamos aquí para torturarnos, y únicamente para eso».

Si en aquel momento me hubieran prevenido de que mis instantes, como todo lo demás, iban a desertarme, no hubiera experimentado temor, ni pena, ni alegría. Ausencia absoluta. Todo rasgo personal había desaparecido de lo que yo creía sentir aún, pero, a decir verdad, no sentía ya nada, sobrevivía a mis sensaciones, y sin embargo no era un muerto vivo, -estaba bien vivo, pero como lo estamos raramente, como lo estamos una sola vez.

¡Leer a los Padres del Desierto y dejarse sin embargo conmover por las últimas noticias! En los primeros siglos de nuestra era, yo hubiera pertenecido a esa clase de ermitaños de los que se ha dicho que al cabo de cierto tiempo estaban «cansados de buscar a Dios».

Aunque aparecidos tardíamente, seremos envidiados por nuestros inmediatos sucesores, y aún más por nuestros sucesores lejanos. Para ellos seremos privilegiados, y con razón, pues más nos vale estar lo más lejos posible del futuro.

Que nadie entre aquí si ha pasado un solo día al abrigo del estupor.

El hombre se halla en algún lugar entre el ser y el no-ser, entre dos ficciones.

El otro, debemos reconocerlo, es para nosotros una especie de alucinado. Sólo le comprendemos hasta cierto punto. Luego, divaga forzosamente, puesto que incluso sus preocupaciones más legítimas nos parecen injustificadas e inexplicables.

No pedir jamás al lenguaje que realice un esfuerzo desproporcionado a su capacidad natural, no forzarlo, en cualquier caso, a dar lo máximo que posee. Evitemos exigir demasiado a las palabras, por miedo de que, extraviadas, no puedan ya cargar con el peso de un sentido.

Ningún pensamiento más corrosivo ni más tranquilizador que el pensamiento de la muerte. Si lo rumiamos hasta el punto de no poder prescindir de él es sin duda a causa de esa doble cualidad. Qué suerte encontrar dentro de un mismo instante un veneno y un remedio, una revelación que nos mata y que nos hace vivir, un tóxico fortificante.

Tras las *Variaciones Goldberg* -música «super-esencial», para emplear la jerga mística-cerramos los ojos abandonándonos al eco que han suscitado en nosotros. Ya nada existe, salvo una plenitud *sin contenido* que es la única manera de rozar lo Supremo.

Para alcanzar la liberación, debemos creer que todo es real, o que nada lo es. El problema es que no distinguimos más que grados de realidad, las cosas nos parecen más o menos verdaderas, más o menos existentes. De ahí nuestra perplejidad.

Remontar hasta el cero soberano de donde procede ese cero subalterno que nos constituye.

Todos atravesamos nuestra crisis prometeica, y todo lo que hacemos luego consiste en vanagloriarnos o arrepentirnos de ella.

Un cráneo expuesto en una vitrina es ya un desafío; un esqueleto entero, un escándalo. ¿Cómo el pobre transeúnte, aunque sólo le eche una mirada furtiva, se dedicará luego a sus tareas? ¿Y con qué ánimo irá el enamorado a su cita?

Con mayor motivo, una observación prolongada de nuestra última metamorfosis no podrá más que disuadir deseos y delirios.

...De ahí que, alejándome de aquel escaparate, no pudiera sino maldecir semejante horror vertical y su sarcástica sonrisa ininterrumpida.

«Cuando el pájaro del sueño pensó hacer su nido en mi pupila, vio las pestañas y le aterró la red.»

¿Quién, mejor que aquel Ben al-Hamara, poeta árabe de Andalucía, ha percibido lo insondable del insomnio?

Esos instantes en los que basta un recuerdo o menos aún para deslizarse fuera del mundo.

Parecerse a un corredor que se detiene en plena carrera para intentar comprender qué sentido tiene correr. Meditar es un signo de sofoco.

Forma envidiable de la celebridad: unir nuestra reputación, como nuestro primer antepasado, a un descalabro que maravillará a las generaciones futuras.

«Lo que es transitorio es dolor; lo que es dolor es no-yo. Lo que es no-yo no es mío, yo no soy ello, ello no soy yo» (*Samyutta Nikaya*).

Lo que es dolor es no yo. Difícil, imposible estar de acuerdo con el budismo sobre este punto, capital sin embargo. El dolor es lo que más somos nosotros mismos, lo más yo. Extraña religión: ve dolor por todas partes y al mismo tiempo lo declara irreal.

Sobre su fisonomía, ningún rastro ya de ironía. Tenía un apego casi sórdido a la vida. Quienes no se han dignado aferrarse a ella tienen una sonrisa burlona, signo de liberación y de triunfo. No van a la Nada, la han abandonado.

Todo sucede demasiado tarde, todo es demasiado tarde.

Antes de sus graves problemas de salud, era un sabio; tras ellos... cayó en la metafísica. Para abrirse a la divagación esencial, se necesita la ayuda de miserias fieles, ávidas de renovarse.

Haber levantado toda la noche Himalayas -y llamar a eso *sueño*.

Sería capaz de cualquier sacrificio para librarme de este yo lamentable que en este instante mismo ocupa en el Todo un lugar con el que ningún dios ha osado soñar...

Se necesita una inmensa humildad para morir. Lo raro es que todo el mundo la posea.

Esas olas, con su ajetreo y su sempiterna repetición, son eclipsadas, en materia de inutilidad, por la trepidación aún más inepta de la ciudad.

Cuando cerrando los ojos nos dejamos sumergir por ese doble fragor, creemos estar asistiendo a los preparativos de la Creación y nos perdemos rápidamente en lucubraciones cosmogónicas.

Maravilla entre las maravillas: ningún intervalo entre la conmoción primera y esta situación incalificable a la que hemos llegado.

Toda forma de *progreso* es una perversión, en el sentido de que el ser es una perversión del no-ser.

Por mucho que hayáis soportado vigiliias que un mártir os envidiaría, si ellas no han marcado vuestros rasgos, nadie os creerá. Por carecer de testigos se os continuará considerando como un bromista, y haciendo la comedia mejor que nadie, seréis el primer cómplice de los incrédulos.

La prueba de que un acto generoso es un acto contra natura, es que suscita unas veces inmediatamente, otras meses o años después, un malestar que no nos atrevemos a confesar a nadie, ni siquiera a nosotros mismos.

En aquel funeral no se hablaba más que de *sombra* y de *sueño* y de polvo que vuelve al polvo. Luego, sin transición, se prometió al muerto alegría eterna, etc., etc. Tanta inconsecuencia me exasperó y me hizo abandonar tanto al pope como al difunto.

Ya en la calle, no pude dejar de pensar que no era yo el más indicado para protestar contra quienes se contradicen tan ostensiblemente.

¡Qué alivio tirar a la basura un manuscrito, testigo de una fiebre desvanecida, de un frenesí consternador!

Esta mañana he *pensado*, es decir, he perdido pie, durante un buen cuarto de hora...

Todo lo que nos incomoda nos permite definirnos. Sin indisposiciones, no hay identidad. Ventura y desventura de un organismo *consciente*.

¡Si describir una desgracia fuera tan fácil como vivirla!

Lección cotidiana de comedimiento: pensar, aunque no sea más que un instante, que un día se hablará de nuestros *restos*.

Se insiste sobre las enfermedades de la voluntad y se olvida que la voluntad como tal es sospechosa, y que no es *normal* desear.

Después de haber charlataneado durante horas, sentirse invadido por el vacío. Por el vacío y por la vergüenza. ¿No es indecente exponer nuestros secretos, divulgar nuestro ser mismo, contar y contarse, cuando los momentos más plenos de nuestra vida los hemos conocido durante el silencio, durante la *percepción* del silencio?

Durante su adolescencia, Turgueniev había colgado en su habitación el retrato de Fouquier-Tinville.

La juventud, por todas partes y siempre, ha idealizado a los verdugos, a condición de que hayan hecho estragos en nombre de lo vago y lo rimbombante.

La vida y la muerte tienen tan poco contenido la una como la otra. Por desgracia lo sabemos siempre demasiado tarde, cuando ello no puede ayudarnos ya ni a vivir ni a morir.

Estáis tranquilos, olvidáis a vuestro enemigo, que vigila y espera. Se trata sin embargo de estar preparado cuando arremeta. Vosotros venceréis, pues a él le habrá debilitado ese enorme desgaste de energía que es el odio.

De todo lo que experimentamos, nada nos da tanto la impresión de hallarnos en la esencia misma de lo verdadero como los accesos de desesperación sin razón: a su lado, todo parece

frívolo, adulterado, desprovisto tanto de sustancia como de interés.

Fatiga independiente del deterioro de los órganos, fatiga intemporal, para la que no existe paliativo alguno y con la cual ningún reposo, ni siquiera el último, podría acabar.

Todo es saludable, salvo interrogarse constantemente sobre el sentido de nuestros actos, todo es preferible a la única cuestión que importa.

Habiéndome ocupado hace años de Joseph de Maistre, en lugar de explicar el personaje acumulando detalles, debería haber recordado que sólo podía dormir tres horas al día como máximo. Ello basta para hacer comprender las exageraciones de un pensador, o de cualquiera. Sin embargo, olvidé señalar este hecho. Omisión tanto más imperdonable cuanto que los seres humanos se dividen en dos categorías, los que duermen y los que velan, dos especímenes de seres, diferentes para siempre, que sólo tienen en común el aspecto físico.

Podríamos por fin respirar mejor si una mañana nos dijeran que la inmensa mayoría de nuestros semejantes se ha volatilizado como por encanto.

Hay que tener profundas disposiciones religiosas para poder proferir con convicción la palabra ser, hay que creer para decir simplemente de un objeto o de alguien que es.

El padecimiento que supone cada nueva estación... La naturaleza cambia y se renueva únicamente para *golpearnos*.

La causa del mínimo pensamiento es un ligero desequilibrio. ¿Qué decir entonces de aquél de quien procede el pensamiento mismo?

Si en las sociedades primitivas los viejos son despachados un poco demasiado rápidamente, en las civilizadas, por el contrario, se les halaga y ceba. El porvenir, no cabe la menor duda, sólo retendrá el primer modelo.

Por mucho que hayáis desertado de una creencia religiosa o política, conservaréis la tenacidad y la intolerancia que os habían incitado a adoptarla. Seguiréis siendo furibundos, pero vuestro furor se dirigirá *contra* la creencia abandonada; el fanatismo, inseparable de vuestra esencia, persistirá en ella independientemente de las convicciones que podáis defender o rechazar. El fondo, vuestro fondo, continuará siendo el mismo, y no será cambiando de opiniones como lograréis modificarlo.

El Zohar nos pone en un aprieto: si lo que dice es verdad, el pobre se presenta ante Dios con su alma únicamente, mientras que los demás sólo con su cuerpo.

En la imposibilidad de pronunciarse, lo mejor sigue siendo esperar.

Ningún instante en el que no me asombre de encontrarme precisamente en él.

Entre las decenas de sueños que hacemos, uno sólo es significativo, y aún así... El resto, -residuos, literatura simplista o vomitiva, imaginería de genio enclenque.

Los sueños que se alargan prueban la indigencia del «soñador», que no ve cómo concluir, que se afana en encontrarles un desenlace sin lograrlo, igual que cuando en el teatro el autor multiplica las peripecias por no saber cómo ni dónde detenerse.

Mis molestias o, mejor, mis males, hacen una política que no entiendo. Unas veces se conciertan y avanzan juntos, otras cada uno va por su lado, con frecuencia se combaten; pero tanto si se entienden como si disputan, se comportan como si sus maniobras no me concernieran, como si yo no fuera más que su espectador estupefacto.

Sólo nos importa lo que no hemos realizado, lo que no podíamos realizar, de manera que de una vida no retenemos más que lo que ella no ha sido.

Sñar con una empresa de demolición que no salvara ninguna de las huellas del big-bang original.

Exasperaciones

En la laguna de Soustons, a las dos de la tarde, remando. De repente, fui fulminado por un giro trivial de vocabulario: *All is of no avail* (nada sirve para nada). Si hubiera estado solo, me hubiera arrojado instantáneamente al agua. Nunca he sentido con semejante violencia la necesidad de acabar con todo.

Devorar biografía tras biografía para persuadirse mejor de la inutilidad de cualquier tentativa, de cualquier destino.

Me encuentro con X. Hubiera dado cualquier cosa por no volver a verle. ¡Tener que soportar a semejantes especímenes! Mientras hablaba, cuánto echaba de menos un poder sobrenatural que nos aniquilase a los dos inmediatamente...

¿Para qué sirve nuestro cuerpo sino para hacernos comprender lo que la palabra *torturador* significa?

El sentido agudo del ridículo hace difícil, por no decir imposible, el menor acto. ¡Dichosos los que no lo poseen! Nunca sabrán lo mucho que le deben a la Providencia.

En una exposición de arte oriental, un Brahma con varias cabezas, moroso, estúpido en grado sumo.

Es así, en esa postura, como prefiero ver representado al dios de los dioses.

Todo el mundo me exaspera. Pero me gusta reír. Y no puedo reír solo.

No habiendo sabido nunca lo que busco en este mundo, sigo esperando a quien pueda decirme lo que busca él.

A la pregunta de por qué los monjes que le seguían estaban tan radiantes, Buda respondió que ello era debido a que no pensaban ni en el pasado ni en el futuro. En efecto, nos apesadumbramos en cuanto pensamos en uno o en otro, y nos apesadumbramos totalmente en cuanto pensamos en los dos.

Revulsivo de la desolación: cerrar los ojos largo tiempo para olvidar la luz y todo lo que ella revela.

En cuanto un escritor se disfraza de filósofo, podemos estar seguros de que lo hace para disimular más de una carencia. *La idea* un biombo que no esconde nada.

Tanto en la admiración como en la envidia los ojos se iluminan de repente. ¿Cómo entonces diferenciarlas en aquellas personas de las que no estamos seguros?

Me llama en plena noche para anunciarme que no puede dormir. Le doy un verdadero curso sobre esa variedad de desgracia que es, en realidad, la desgracia misma. Al final, tan contento estoy de mi hazaña que vuelvo a la cama como un héroe, orgulloso de arrostrar las horas que me separan del día.

Publicar un libro implica el mismo género de contrariedades que una boda o un entierro.

No habría que escribir nunca sobre nadie. Tan convencido estoy de ello, que cada vez que no tengo más remedio que hacerlo, mi primer pensamiento es atacar, incluso si lo admiro, a aquel de quien debo hablar.

«Y vio Dios que la luz era buena.»

Esa es también la opinión de los mortales, a excepción de los insomnes, para quienes es una agresión, un nuevo infierno más duro aún que el de la noche.

Llega un momento en que hasta la negación pierde su brillo y, deteriorada, va, como las evidencias, a la cloaca.

Según el gran físico Louis de Broglie, existiría una relación entre el hecho de «ser ocurrente» y el de hacer descubrimientos científicos, significando aquí «ser ocurrente» la capacidad de «establecer repentinamente aproximaciones inesperadas».

Si ello fuera cierto, los alemanes serían incapaces de innovar en materia de ciencia. Swift se extrañaba ya de que un pueblo de espíritu lento y pesado tuviese en su haber tantas invenciones. Sin embargo, la invención supone menos la vivacidad de espíritu que la perseverancia, la capacidad de ahondar, de rebuscar, de empeñarse en lograr algo... La chispa surge de la obstinación.

Nada es fastidioso para aquel a quien mueve la manía de la profundización. Impermeable al aburrimiento, se extenderá indefinidamente sobre cualquier cosa, tratando sin miramientos, si es escritor, a sus lectores, y sin dignarse incluso, si es filósofo, a tenerles en cuenta.

Cuento a un psicoanalista norteamericano que, siendo como soy un podador empedernido, en la finca de una amiga, ensañándome contra las ramas secas de un secoya, caí del árbol de una manera que pudo haberme resultado fatal. «Si se ensañó usted con él», me dijo, «no fue para podarlo, sino para castigarlo por vivir más tiempo que usted. Estaba usted resentido contra él porque le sobrevivirá, y su deseo secreto era vengarse despojándolo de sus ramas.»

Semejantes interpretaciones nos hacen detestar para siempre toda explicación *profunda*.

Otro yanqui, profesor esta vez, se quejaba de no saber sobre qué tema centrar su próximo curso. «¿Por qué no sobre el caos y su encanto?», le dije. «Ese es un tema que desconozco por completo. Nunca he sufrido ese género de hechizo», me respondió.

Es más fácil entenderse con un monstruo que con lo contrario de un monstruo.

-Leía *Le bateau ivre* a alguien que no lo conocía y que era, por lo demás, ajeno a la poesía.

«Parece como si proviniera del terciario», fue su comentario tras mi lectura. Juicio menos exagerado de lo que podría suponerse...

P.Tz. -Un genio si los hay. Frenesí oral por horror o imposibilidad de escribir. Diseminadas en los Balcanes, miles de ocurrencias perdidas para siempre. ¿Cómo dar una idea de su inspiración y de su locura? «Eres una mezcla de Don Quijote y de Dios», le dije un día. Mis palabras le halagaron en un principio, pero a la mañana siguiente, muy temprano, vino a decirme: «Eso de Don Quijote no me gusta nada».

Desde los diez hasta los catorce años viví en una pensión. Cada mañana, yendo al liceo, pasaba delante de una librería sin dejar nunca de echar una breve ojeada a los libros, que cambiaban relativamente a menudo tratándose de una ciudad de provincia rumana. Sólo uno, en un rincón del escaparate, parecía haber sido olvidado desde hacía meses: *Bestia umana*, de Zola. El único recuerdo que me persigue de aquellos cuatro años es ese título.

Mis libros, mi obra... El carácter grotesco de esos posesivos.

Todo se pervirtió el día que la literatura dejó de ser anónima. La decadencia se remonta al primer autor.

Hace años, decidí no volver a dar la mano a ninguna persona que gozase de buena salud. Tuve sin embargo que transigir, pues pronto descubrí que muchos de aquellos a los que creía sanos lo estaban bastante menos de lo que yo pensaba. ¿Para qué hacerme enemigos basándome en simples sospechas?

Si algo estorba la continuidad de la reflexión es sentir la presencia insistente del cerebro. Esa debe ser la razón por la cual los locos sólo piensan por destellos.

Este transeúnte, ¿qué busca, por qué vive? ¿Y ese niño, y su madre, y ese viejo?

Todo el mundo me exasperó durante aquel maldito paseo. Al final entré en una carnicería donde había colgada más o menos la mitad de una vaca. Ante semejante espectáculo estuve a punto de sufrir una crisis de llanto.

En mis arrebatos de furor me siento lamentablemente cercano a San Pablo. Mis afinidades con los frenéticos, con todos aquellos que detesto. ¿Quién alguna vez se ha parecido más a sus antípodas?

Nada me repugna tanto como la duda metódica. Dudar, de acuerdo, pero únicamente cuando me venga en gana.

Surgido de una especie de Ineficacia primordial... Hace un rato, queriendo profundizar un tema serio y no lográndolo, me acosté. Con frecuencia mis proyectos me han conducido a la cama, término predestinado de mis ambiciones.

Siempre hay alguien por encima de uno: más allá del propio Dios se eleva la Nada.

¡Perecer! -esta palabra que amo entre todas y que, curiosamente, no me sugiere nada irreparable.

En cuanto tengo que ver a alguien, me embarga un deseo tal de aislamiento que en el momento de hablar pierdo todo control de mis palabras y su torbellino es tomado por inspiración.

Este universo tan magistralmente malogrado... -Eso es lo que nos repetimos cuando nos encontramos dispuestos a hacer concesiones.

La jactancia es incompatible con el dolor físico. En cuanto nuestro cuerpo se hace notar, nos devuelve a nuestras dimensiones normales, a la certeza más mortificante, a la más devastadora.

Qué incitación a la hilaridad oír la palabra *objetivo* detrás de un cortejo fúnebre...

Se muere desde siempre y sin embargo la muerte no ha perdido nada de su lozanía. Ahí reside el secreto de todos los secretos.

Leer es dejar a otros padecer por nosotros. La forma más delicada de explotación.

Todo aquel que nos cita de memoria es un saboteador que habría que denunciar a la justicia. Una cita mutilada equivale a una traición, a una injuria, a un perjuicio tanto más grave cuanto que se nos ha querido hacer un favor.

¿Qué son los atormentados sino mártires agriados por ignorar en nombre de quién inmolarse?

Pensar es someterse a las conminaciones y a los caprichos de una salud incierta.

Habiendo comenzado el día con Meister Eckhart, he pasado luego a Epicuro. Y el día no ha acabado todavía: ¿con quién concluirlo?

Quien no cree en el Destino prueba que no ha vivido.

Si un día sucede que yo también muera...

En la calle, una señora de cierta edad, en el momento de adelantarme, dice sin mirarme: «Hoy no veo más que cadáveres ambulantes por todas partes». Luego, sin volverse, añade: «Estoy loca, ¿eh?». -«Menos de lo que usted cree», le repliqué con un aire cómplice.

Ver en cada bebé un futuro Richard III...

En todas las épocas de la existencia descubrimos que la vida es un error. Sin embargo, a los quince años se trata de una revelación en la que entra un estremecimiento de terror y una pizca de magia. Con el tiempo, esa revelación, degenerada, se convierte en una perogrullada, y es así como echamos de menos la época en que era fuente de sorpresas.

En la primavera de 1937, paseando por el parque del hospital psiquiátrico de Sibiu, en Transilvania, fui abordado por un «huésped». Intercambiamos algunas palabras y luego le dije: «Se está bien aquí». -«Es cierto. Merece la pena estar loco», me respondió. «Pero está usted, a pesar de todo, en una especie de prisión.» -«Si usted quiere, pero aquí se vive sin la menor preocupación. Además, la guerra se acerca, usted lo sabe tan bien como yo, y este lugar es seguro. No se nos moviliza y no se bombardea un manicomio. Si yo fuera usted, me haría internar inmediatamente.»

Turbado y maravillado, le dejé e intenté informarme sobre él. Se me aseguró que estaba realmente loco. Loco o no, nunca nadie me ha dado un consejo más razonable.

Es la humanidad tarada lo que constituye la materia de la literatura. El escritor se felicita de la perversidad de Adán, y prospera únicamente en la medida en que cada uno de nosotros la asume y renueva.

En materia de patrimonio biológico, la menor innovación es, al parecer, ruinosa. La vida, conservadora, sólo se desarrolla gracias a la repetición, al cliché, a la ramplonería. Todo lo contrario del arte.

Gengis-Khan llevaba consigo en sus expediciones al mayor sabio taoísta de su época. Raramente la crueldad extrema es vulgar: hay siempre en ella algo extraño y refinado que inspira temor y respeto. A Guillermo el Conquistador, tan despiadado con sus compañeros como con sus enemigos, no le gustaban más que los animales salvajes y los bosques sombríos por los que paseaba siempre solo.

Me disponía a salir cuando, para arreglar la bufanda, me miré en el espejo. De repente, un indecible terror: ¿quién es? Imposible reconocerme. A pesar de identificar mi abrigo, mi corbata, mi sombrero; no sabía quién era yo, pues yo no era yo. Ello duró bastantes segundos: ¿veinte, treinta, cuarenta? Cuando logré encontrarme, el terror persistió, hasta el punto de tener que esperar, para salir, a que consintiera en eclipsarse.

Una ostra, para construir su valva, debe hacer pasar por su cuerpo cincuenta mil veces su peso en agua de mar.

...¡Adónde he ido yo a buscar lecciones de paciencia!

Leído en alguna parte: «Dios no habla más que de sí mismo».
Sobre ese punto preciso el Altísimo tiene más de un rival.

Ser o no ser

... Ni lo uno ni lo otro.

Cada vez que leo un texto budista, aunque no sea más que una simple sentencia, me dan ganas de volver a esa sabiduría que intenté asimilar durante un largo periodo de tiempo y de la cual, inexplicablemente, me he desviado en parte. En ella reside no la verdad, sino algo mejor... y a través de ella se accede a ese estado en el que se halla uno puro de todo, y en primer lugar de ilusiones. No volver a tener ninguna sin arriesgarse por ello a un desmoronamiento, hundirse en el desengaño evitando a la vez la amargura, emanciparse cada día un poco más de la obnubilación que arrastran esas hordas de seres vivos...

Morir es cambiar de género, renovarse...

Desconfiar de los pensadores cuyo espíritu no funciona más que a partir de citas.

Si las relaciones entre los seres humanos son tan difíciles es porque el ser humano ha sido creado para romperse la cara y no para tener «relaciones».

La conversación con él era tan convencional como con un agonizante.

Dejar de existir no significa nada, no puede significar nada. ¿Para qué ocuparse de lo que sobrevive a una irrealidad, de una apariencia que sucede a otra apariencia? La muerte no es efectivamente nada, o todo lo más un simulacro de misterio, como la propia vida. Propaganda antimetafísica de los cementerios...

En mi infancia, un personaje me infundía respeto: se trataba de un campesino que, habiendo recibido una herencia, se dedicó a ir de taberna en taberna con un «músico». Un magnífico día de verano: todo el pueblo estaba en los campos; sólo él, acompañado por su violinista, recorría las calles desiertas, canturreando algún romance. Al cabo de dos años se encontró tan pobre como antes. Pero los dioses se mostraron clementes con él: murió poco después. Sin saber por qué, yo estaba fascinado por aquel hombre, y tenía razón de estarlo. Cuando pienso ahora en él, sigo creyendo que era verdaderamente alguien, que de todos los habitantes del pueblo sólo él tuvo la suficiente envergadura para malograr su vida.

Ganas de rugir, de escupir a la gente a la cara, de golpearla, de pisotearla...

Me he ejercitado en la decencia para humillar a mi rabia, y mi rabia se venga de mí tan frecuentemente como puede.

Si se me pidiese que resumiera lo más brevemente posible mi visión de las cosas, que la redujese a su mínima expresión, en lugar de palabras escribiría un signo de exclamación un ! definitivo.

La duda se insinúa por todas partes, con una gran excepción sin embargo: no existe música *escéptica*.

Demóstenes copió a mano ocho veces todo Tucídides. Así se aprende una lengua. Deberíamos tener el valor de transcribir todos los libros que admiramos.

Que a alguien no le guste lo que hacemos, lo admitimos más o menos. Pero si desprecia un

libro que le hemos recomendado, eso es para nosotros algo mucho más grave, que nos hiere como un ataque solapado. Pues duda de nuestro gusto y hasta de nuestro discernimiento.

Cuando *observo* mi deslizamiento en el sueño, tengo la impresión de hundirme en un abismo providencial, de caer en él para permanecer allí la eternidad entera, sin poder jamás abandonarlo. Ninguna intención de evasión, no obstante, me viene a la mente. Lo que deseo en esos momentos es percibirlos lo más claramente posible, no perder nada de ellos y gozarlos todos, hasta el último, antes de la inconsciencia, antes de la beatitud.

El último poeta importante de Roma, Juvenal, y el último escritor notable de Grecia, Luciano, se *dedicaron* a la ironía. Dos literaturas que acabaron en ella. Como todo, literatura o no, debería acabar.

Ese famoso retorno a lo inorgánico no debería afectarnos en absoluto. Un fenómeno tan lamentable, por no decir cómico, nos acobarda sin embargo. Ya va siendo hora de *repensar* la idea de la muerte, de imaginar una liquidación menos trivial.

Extraviado aquí abajo, como me hubiera extraviado sin duda en cualquier otro lugar.

No puede haber sentimientos *puros* entre quienes recorren caminos semejantes. Basta recordar las miradas que se echan entre sí quienes comparten la misma acera.

Comprende uno incomparablemente muchas más cosas aburriéndose que trabajando, siendo como es *el esfuerzo* el enemigo mortal de la meditación.

Pasar del desprecio al desapego parece fácil. Sin embargo es menos una transición que una hazaña, que un triunfo. El desprecio es la primera victoria sobre el mundo; el desapego, la última, la suprema. El intervalo que las separa es similar al camino que va de la libertad a la liberación.

No he conocido a una sola persona perturbada a la que no le interesara Dios. ¿Debe por ello concluirse que existe un vínculo entre la búsqueda de lo absoluto y la desintegración del cerebro?

Cualquier gusano que se considerase el primero entre sus semejantes alcanzaría inmediatamente el estatuto de hombre.

Si todo debiera borrarse de mi espíritu, salvo las huellas de lo que haya conocido de único, ¿de dónde provendrían sino de la sed de inexistir?

¡Cuántas ocasiones perdidas de comprometerme con Dios!

Si se prolonga, la alegría desbordante se halla más cerca de la locura que una tristeza pertinaz, la cual se justifica por la reflexión e incluso por la simple observación, mientras que los excesos de la primera son signo de algún desequilibrio. Si estar alegre por el puro hecho de vivir resulta inquietante, es por el contrario normal estar triste incluso antes de haber aprendido a balbucear.

La suerte que tiene el novelista o el dramaturgo de expresarse disfrazándose, de liberarse de sus conflictos y, más aún, de todos esos personajes que se pelean dentro de él... El ensayista, por el contrario, se halla acorralado en un género ingrato, en el cual sólo se proyectan las propias incompatibilidades contradiciéndose a cada paso. Se es más libre en el aforismo -triunfo de un yo disgregado...

Pienso en este momento en alguien a quien admiraba sin reservas, que no cumplió ninguna de sus promesas y que, por haber decepcionado a todos los que habían creído en él, murió totalmente satisfecho.

La palabra suple la insuficiencia de los remedios y cura la mayoría de nuestros males. El charlatán no frecuenta las farmacias.

Asombrosa falta de necesidad: la Vida, improvisación, fantasía de la materia, química efímera...

La gran, la única originalidad del amor es que hace la dicha indistinta de la desdicha.

Cartas y más cartas que escribir. Esta por ejemplo, que no logro acabar: me siento súbitamente incapaz de *mentir*.

En aquel parque destinado, como el edificio que había en él, a las extravagantes empresas de la caridad, por todas partes viejas a las que se mantiene en vida artificialmente, a base de operaciones. Antes se agonizaba en casa, en la dignidad de la soledad y del abandono; ahora se junta a los moribundos, se les ceba y se prolonga el mayor tiempo posible su indecente agonía.

En cuanto logramos desembarazarnos de un defecto, otro se apresura a reemplazarlo. Ese es el precio que debemos pagar por nuestro equilibrio.

Las palabras se han convertido en algo tan exterior a mí, que entrar en contacto con ellas me resulta una proeza. No tenemos ya nada que decirnos y si las utilizo aún es para denunciarlas, deplorando en secreto, al mismo tiempo, una ruptura siempre inminente.

En el Jardín de Luxemburgo una mujer de unos cuarenta años, casi elegante pero con un aspecto ligeramente extraño, hablaba con un tono afectuoso, apasionado incluso, a alguien invisible... Cuando pasé a su lado me di cuenta de que tenía en los brazos, contra su pecho, un tití. Luego se sentó en un banco donde continuó el monólogo con el mismo ardor. Las primeras palabras que le oí al pasar fueron: «¿Sabes? Estoy harta». Me alejé no sabiendo a quién compadecer más, si a ella o a su confidente.

El hombre va a desaparecer: ésa era hasta ahora mi firme convicción. Entretanto he cambiado de opinión: el hombre *debe* desaparecer.

La aversión por todo lo humano es compatible con la piedad; diría incluso que ambas reacciones son solidarias, aunque no simultáneas. Sólo quien conoce la primera es capaz de experimentar intensamente la segunda.

Hace un momento, sensación de ser la última versión del Todo. Los mundos giraban en torno a mí. Ningún rastro de desequilibrio. Era simplemente algo muy *por encima* de lo que está permitido sentir.

Despertarse sobresaltado preguntándose si la palabra *sentido* tiene algún sentido y extrañarse luego de no poder volverse a dormir...

Lo propio del dolor es no tener vergüenza de repetirse.

A un viejo amigo que me anuncia su decisión de acabar con su vida, le respondo que no hay que darse demasiada prisa, que la última parte del juego no carece totalmente de atractivo, que puede uno avenirse hasta con lo Intolerable, a condición de no olvidar jamás que todo es

bluff, bluff generador de suplicios...

Por haber escrito «Nada» el día en que estalló la Revolución, Luis XVI es tachado de imbecilidad desde hace dos siglos. Si ello es cierto, todos somos imbéciles, pues ¿quién podría jactarse de haber distinguido el comienzo exacto de su propio desmoronamiento?

Trabajaba y producía, lanzándose a generalizaciones masivas, extrañándose a sí mismo de su fecundidad. Ignoraba, por fortuna para él, la pesadilla del matiz.

Existir es una desviación tan patente que adquiere por ello el prestigio de una enfermedad soñada.

Encontrar en nosotros mismos todos los bajos instintos que hacen sonrojarse. Si son tan enérgicos en alguien que para quitárselos de encima se ensaña contra ellos, cuánto más virulentos deben ser en quienes, careciendo de un mínimo de lucidez, no lograrán nunca vigilarse y menos aún detestarse.

En pleno éxito o en pleno fracaso, recordar la manera en que fuimos concebidos. Nada mejor para triunfar sobre la euforia o la desazón.

Sólo la planta se acerca a la «sabiduría»; el animal es incapaz de alcanzarla. En cuanto al hombre... La Naturaleza debería haberse limitado al vegetal, en lugar de descalificarse por gusto de lo insólito.

A los jóvenes y a los viejos, y a los demás también, todos igualmente odiosos, sólo se les puede someter mediante la lisonja, lo cual acaba por hacerles más odiosos aún. «El cielo no está abierto para nadie..., sólo se abrirá tras la desaparición del mundo» (Tertuliano).

Queda uno pasmado de que tras una advertencia semejante los hombres hayan continuado agitándose. ¡De qué terquedad es fruto la historia!

Dorotea de Rodde-Schloezer, acompañando a París a su marido, alcalde de Lübeck, a las fiestas de la coronación de Napoleón, escribe: «Tantos locos hay sobre la tierra, y en especial en Francia, que para este prestidigitador corso hacerles bailar como marionetas al son de su flauta resulta un juego. Corren todos detrás de ese encantador de ratas sin que nadie pregunte adónde les lleva».

Las épocas de expansión son épocas de delirio; las épocas de decadencia y de repliegue son en comparación con ellas, sensatas, demasiado sensatas incluso; de ahí que sean casi tan funestas como las otras.

Opiniones, sí; convicciones, no. Ese es el punto de partida del orgullo intelectual.

Nada de preciso se sabe sobre la vida de Lucrecio. ¿De preciso? Ni siquiera de vago. Un destino envidiable.

Nos apegamos tanto más a un ser cuanto que su instinto de conservación es vacilante, por no decir nulo.

Nada comparable a la emergencia del hastío en el momento de despertarse. Ella nos hace remontar miles de millones de años hacia atrás, hasta los primeros signos, hasta los pródromos del ser, de hecho hasta el comienzo mismo del hastío.

«No necesitas acabar en la cruz, pues naciste crucificado.» (11 de diciembre de 1963).
Daría un ojo de la cara por recordar lo que pudo provocar una desesperación tan petulante.

Es conocida la vehemencia del ataque de Pascal, en sus *Provinciales*, contra el casuista Escobar, quien, según un viajero francés que le visitó en la península ibérica, ignoraba totalmente dichos ataques. Apenas era conocido, incluso, en su propio país.

Malentendido e irrealidad, se mire donde se mire.

Tantos amigos y enemigos, que tenían por nosotros un gran interés, desaparecidos uno tras otro. ¡Qué alivio! Poder por fin abandonarse sin temer su censura ni su decepción...

Emitir, sobre cualquier cosa, incluso sobre la muerte, juicios irreconciliables, es la única manera de no jugar sucio.

Según Asanga y su escuela, el triunfo del bien sobre el mal no es más que una victoria de la maya sobre la maya; del mismo modo, poner término a la trasmigración mediante la iluminación es como si «un rey de la ilusión hubiese vencido a un rey de la ilusión» (Mahayanasutralamkara).

Los hindúes tuvieron la osadía de colocar la ilusión en el lugar más alto, de hacer de ella un sustituto del yo y del mundo, y de convertirla en la realidad suprema. Conversión insigne, etapa última y sin solución. ¿Qué hacer? Siendo todo extremo, incluida la liberación, un impasse, ¿cómo salir de él para alcanzar de nuevo lo Posible? Quizás habría que reducir el nivel del debate, dotar a las cosas de una sombra de realidad, limitar la hegemonía de la clarividencia, osar sostener que todo lo que parece existir existe a su manera, y luego, cansados de divagar, cambiar de tema...

Esa nefasta clarividencia

Cada acontecimiento sólo es un mal augurio más. De vez en cuando, sin embargo, una excepción que el cronista exagera para crear la ilusión de lo inesperado.

La mejor prueba de que la envidia es universal es que se manifiesta hasta en los propios alienados, en sus breves intervalos de lucidez.

Todas las anomalías nos seducen, y en primer lugar la Vida, anomalía por excelencia.

De pie admitimos sin drama que cada instante que pasa se desvanece para siempre; *acostados*, esta evidencia nos parece tan inadmisibile que deseáramos no volver a levantarnos.

El eterno retorno y el progreso: dos nociones sin sentido. ¿Qué queda entonces? La resignación al futuro, a sorpresas que no lo son, a calamidades que pretenden ser insólitas.

¡Si se comenzara por suprimir a todos aquellos que sólo pueden respirar sobre un estrado!

Vehemente por naturaleza, vacilante por opción. ¿Hacia qué lado inclinarse? ¿*Por quién* decidirse? ¿A qué *yo* adherirse?

Se necesitan virtudes y vicios tenaces para mantenerse en la superficie, para salvaguardar ese aspecto emprendedor que se necesita para resistir al prestigio del naufragio o del sollozo.

«Habla usted con frecuencia de Dios. Esa es una palabra que yo ya no utilizo», me escribe una ex monja.

¡No todo el mundo tiene la suerte de haberse hartado de ella!

Esas noches en medio de las cuales, en ausencia de un confidente, no tenemos más remedio que dirigirnos a Quien interpretó ese papel durante siglos, durante milenios.

La ironía, esa impertinencia matizada, ligeramente amarga, es el arte de saber detenerse a tiempo. La mínima profundización la aniquila. Si tenéis tendencia a insistir, corréis el riesgo de hundiros con ella.

Lo maravilloso de esta vida es que cada día nos aporta una nueva razón de desaparecer.

Puesto que no se recuerdan más que las humillaciones y las derrotas, ¿para qué habrá servido el resto?

Interrogarse sobre el fondo de cualquier cosa da ganas de revolcarse por el suelo. Esa era, en cualquier caso, mi manera de responder, en mi juventud, a las interrogaciones capitales, a las preguntas sin respuesta.

Abriendo un manual de prehistoria, caigo sobre algunos especímenes de nuestros antepasados, siniestros a más no poder. Sin duda alguna debían de ser así. Asqueado y avergonzado, cierro rápidamente el libro, sabiendo, eso sí, que volveré a abrirlo cada vez que tenga que insistir sobre la génesis de nuestros horrores y de nuestras bellaquerías.

La vida secreta de la anti-vida, y esta comedia química, en lugar de incitarnos a sonreír, nos consume y trastorna.

El ansia de consumirse dispensa del ansia de crear.

Si la rabia fuese un atributo del Altísimo, hace tiempo que yo hubiera superado mi estatuto de mortal.

La existencia podría justificarse si todo el mundo se comportase como si fuese el último ser vivo.

Ignacio de Loyola, atormentado por escrúpulos cuya naturaleza no precisa, cuenta que pensó liquidarse. ¡Hasta él! Decididamente esta tentación está más generalizada y arraigada de lo que se piensa. Ella es, de hecho, el honor del hombre, antes de su deber.

Sólo está inclinado a producir quien se equivoca sobre sí mismo, quien ignora los motivos secretos de sus actos. El creador que ha llegado a ser transparente para sí mismo, deja de crear. El conocimiento de sí indispone al *demonio*. Es ahí donde hay que buscar la razón de que Sócrates no escribiera nada.

Que podamos ser ultrajados por aquellos a quienes despreciamos desacredita el orgullo.

En un libro admirablemente traducido del inglés, un solo error: los «abismos del escepticismo», cuando debería haberse traducido «de la *duda*», pues la palabra escepticismo implica en francés un matiz de diletantismo, por no decir de frivolidad, inasociable con la idea de abismo.

El gusto por la fórmula es paralelo a una debilidad por las definiciones, por aquello que menos relación tiene con lo real. Todo lo que se puede clasificar es perecedero. Sólo sobrevive lo que es susceptible de diversas interpretaciones.

Enfrentado con el papel blanco, ¡qué Waterloo en perspectiva!

Cuando se conversa con alguien, por muy grandes que sean sus méritos, no hay que olvidar ni un solo instante que en sus reacciones profundas no difiere en nada del común de los mortales. Por prudencia debe tratarsele con miramiento, pues, como todo el mundo, tampoco él

soportaría la sinceridad, causa directa de la mayoría de las disputas y rencores.

Haber rozado todas las formas de degradación, incluso el éxito.

No se posee ninguna carta de Shakespeare. ¿Escribió alguna? Cuanto nos hubiera gustado oír a Hamlet quejarse de la abundancia del correo...

La virtud eminente de la calumnia es que hace el vacío a nuestro alrededor sin que nosotros tengamos que abrir la boca.

Asco desesperado ante una muchedumbre, tanto si es festiva como iracunda.

Todo se degrada desde siempre. Una vez bien hecho este diagnóstico, podemos proferir cualquier exageración, estamos incluso obligados a ello.

Si casi siempre somos desconcertados por los acontecimientos, es porque basta esperar para darse cuenta de que hemos pecado de ingenuidad.

La pasión por la música es en si misma una confesión. Sabemos más sobre un desconocido entregado a ella que sobre alguien insensible a su embrujo a quien vemos todos los días.

En el límite de la noche. Nadie ya, sólo la irrupción de los minutos. Cada uno de ellos fingiendo acompañarnos y esfumándose luego -deserción tras deserción.

Ser objetivo es la prueba de una perturbación inquietante. Quien dice *vivo* dice *parcial*: la objetividad, fenómeno tardío, síntoma alarmante, es el comienzo de la capitulación.

Habría que estar tan poco al corriente de todo como un ángel o un subnormal para creer que la calaverada humana puede acabar bien.

Las cualidades de un neófito se realzan y refuerzan bajo el efecto de sus nuevas convicciones. Eso él lo sabe; lo que ignora es que sus deficiencias aumentan proporcionalmente. Ese es el origen de sus quimeras y de su soberbia.

«Hijos míos, la sal viene del agua y en contacto con el agua se disuelve y desaparece. De la misma manera el monje nace de la mujer y, si se acerca a ella, se disuelve y deja de ser monje.»

Aquel Jean Moschus parece, en el siglo VII, haber comprendido mejor que más tarde Strindberg o Weininger el peligro ya señalado en el *Génesis*.

Toda *vida* es la historia de un hundimiento. Si las biografías son tan cautivadoras, es porque los héroes, al igual que los cobardes se fatigan innovando en el arte de besar el suelo.

Decepcionados por todos, es inevitable que acabemos siéndolo por nosotros mismos; a no ser que hayamos comenzado por ahí.

«Desde que observo a los hombres, no he hecho más que aprender a amarlos cada vez más», escribía Lavater, contemporáneo de Chamfort. Semejante observación, normal en un habitante de un villorrio helvético, le hubiera parecido una gansada al parisino habituado a los salones.

La rabia de no haberse extraviado como los demás, de haber acertado: ésa es la miseria secreta de más de un desengañado.

¿Cómo he podido resignarme un solo instante a lo que no es eterno? -Sin embargo, eso es

algo que sigue sucediéndome, en este mismo instante, por ejemplo.

Cada uno se agarra como puede a su mala estrella.

Cuanto más progresamos en edad, mejor nos damos cuenta de que nos creemos liberados de todo y de que en realidad no lo estamos de nada.

Sobre un planeta gangrenado deberíamos abstenernos de hacer proyectos, pero seguimos haciéndolos, dado que el optimismo es, como se sabe, un tic de agonizante.

No aceptaba vivir a remolque de Dios.

La meditación es un estado de despertar alimentado por un trastorno oscuro, que es a la vez estrago y bendición.

Pecado original y trasmigración: dos ideas que asimilan el destino a una expiación, y lo mismo da que se trate de la falta del primer hombre o de las que nosotros hemos cometido en nuestras existencias anteriores.

Las últimas hojas caen danzando. Se necesita una gran dosis de insensibilidad para no sucumbir al otoño.

Creemos avanzar hacia un objetivo determinado olvidando que sólo se avanza realmente hacia el objetivo mismo, hacia la ruina, en suma, de todos los demás.

El Dolor, jamás irreal, es un desafío a la ficción universal. ¡Qué suerte la suya de ser la única sensación que posee un contenido, por no decir un sentido!

Despondency. -Esta palabra cargada de todos los matices del abatimiento habrá sido la clave de mi vida, el emblema de mis instantes, de mi coraje negativo, de mi invalidación de todos los futuros.

Cuando hemos perdido las ganas de manifestarnos, nos refugiamos en la música, ese edén de los abúlicos.

Pareciendo las razones de persistir en el ser cada vez menos fundadas, nuestros sucesores tendrán más facilidad que nosotros para desembarazarse de semejante obstinación.

En cuanto se es rozado por una certeza, cesa uno de desconfiar de sí mismo y de los demás. La confianza es, en todos sus aspectos, fuente de acción, y por consiguiente de error.

Cuando conocemos a alguien verdadero, nuestra sorpresa es tal, que nos preguntamos si no somos víctimas de un deslumbramiento.

¿Para qué inventariar los libros sosegadores puesto que son legión y sólo dos o tres resultan eficaces?

Si no quieres sucumbir a la rabia, deja tranquila tu memoria, renuncia a hurgar en ella.

Todo lo que obedece a las leyes de la vida, es decir, todo lo que se pudre, me inspira reflexiones tan contradictorias que rayan en la confusión mental.

Vivir con el temor de hastiarse en todas partes, incluso en Dios... En la obsesión de ese tedio extremo veo yo la razón de mi fracaso espiritual.

Entre el epicureísmo y el estoicismo, ¿por cuál optar? Paso constantemente del uno al otro y la mayoría de las veces soy fiel a los dos a la vez, -lo cual es mi manera de adherirme a las máximas que la Antigüedad practicó antes de la irrupción de los dogmas.

A la inercia le debemos el hecho de ser preservados de la inflación en la que más de uno cae por exceso de vanidad, de trabajo o de talento. Si no es reconfortante, es en cualquier caso halagador decirse que moriremos sin haber mostrado totalmente aquello de lo que somos capaces.

Haber pregonado a bombo y platillo nuestras dudas sin dejar de invocar esa escuela de discreción que es el escepticismo.

El favor considerable que nos hacen los pesados, ladrones de nuestro tiempo, impidiéndonos dejar una imagen completa de nuestras capacidades.

Podemos amar a cualquiera, salvo a nuestros semejantes, precisamente porque se nos parecen.

Este hecho basta para explicar por qué la historia es lo que es.

La mayoría de nuestros achaques proceden de lejos, de alguno de nuestros antepasados, echado a perder por sus excesos. Nosotros pagamos sus desenfrenos: no tenemos ninguna necesidad de beber, él habrá bebido ya por nosotros. Esa resaca que a veces nos sorprende tanto es el precio que pagamos por sus euforias.

Treinta años de éxtasis ante el Cigarro. Ahora, cuando veo a los demás entregados a mi antiguo ídolo, me resulta imposible comprenderlos, los considero seres trastornados o nulos. Si un «vicio» que hemos vencido se vuelve para nosotros hasta ese punto ajeno, ¿cómo no permanecer estupefacto ante los que no hemos practicado?

Para engañar a la melancolía hay que moverse sin tregua. En cuanto nos detenemos, ella se despierta, si es que alguna vez se adormeció realmente.

Sólo me entran ganas de trabajar cuando tengo que ir a una cita. Voy siempre a ella con la certeza de dejar escapar una ocasión única de superarme.

«No puedo prescindir de las cosas de las que no me preocupo», le gustaba repetir a la duquesa du Maine.

La frivolidad, llevada hasta ese punto, es un preludio al renunciamiento.

Si le fuera posible al Todopoderoso imaginar la carga que representa para mí el mínimo acto, no dudaría, en un arranque de misericordia, en cederme su puesto.

No sabiendo hacia qué dirigirnos, practicar el pensamiento discontinuo, reflejo de un tiempo que ha estallado.

Lo que sé arruina lo que *deseo*.

Regreso de una incineración. Devaluación instantánea de la Eternidad y de todos los grandes vocablos.

Postración incalificable, luego dilatación más allá de los límites del mundo y de la resistencia del cerebro.

El pensamiento de la muerte esclaviza a quienes obnubila. Sólo libera al principio; después degenera en obsesión, dejando así de ser un pensamiento.

El mundo es un accidente de Dios, *accidens Dei*. ¡Qué justa parece la fórmula de San Alberto Magno!

Gracias al abatimiento recordamos aquellas bajezas que hemos ocultado en lo más profundo de nuestra memoria. El abatimiento es el desenterrador de nuestras vergüenzas.

Por nuestras venas circula la sangre de los macacos. Si pensáramos en ello con frecuencia acabaríamos dimitiendo. No más teología, ni metafísica -lo cual equivale a decir no más divagaciones, ni arrogancia, ni desmesura, ni nada...

¿Es concebible abrazar una religión fundada por *otro*?

La excusa de Tolstoi como predicador es haber tenido dos discípulos que sacaron las consecuencias prácticas de sus homilías: Wittgenstein y Gandhi. El primero distribuyó su fortuna; el segundo no tenía nada que distribuir.

El mundo comienza y acaba con nosotros. Sólo existe nuestra conciencia, ella lo es todo y ese todo desaparece con ella. Al morir no abandonamos nada. ¿Por qué entonces tantos melindres en torno a un acontecimiento que no es ningún acontecimiento?

Llega un momento en que uno no se imita ya más que a sí mismo.

Cuando nos despertamos súbitamente, si queremos volver a dormirnos debemos alejar todo esbozo de pensamiento, todo boceto de idea. Pues no hay peor enemigo del sueño que la idea neta.

Personaje horrendo, el desconocido se cree el centro del mundo. Sus sarcasmos sobre todo no conseguirán contrarrestar los elogios que no cesa de hacerse y que sustituyen con creces a los que nunca se le han hecho. Alabados sean los afortunados, escasos, es cierto, que, habiendo triunfado, saben desaparecer llegado el caso. De todas maneras, no se agotan en recriminaciones, y su vanidad nos consuela de la arrogancia de los incomprensidos.

Si de vez en cuando nos tienta la fe es porque propone una humillación de recambio: es a pesar de todo preferible encontrarse en posición de inferioridad frente a un dios que frente a un homínido.

Sólo se puede consolar a alguien abundando en el sentido de su aflicción, y eso hasta el momento en que el afligido se harta de serlo.

Todos esos recuerdos que surgen sin necesidad aparente, ¿para qué nos sirven si no para revelarnos que con la edad nos volvemos exteriores a nuestra vida, que esos «acontecimientos» lejanos no tienen ya nada que ver con nosotros y que un día sucederá lo mismo con la propia vida?

El *todo es nada* del místico es sólo un preliminar a la absorción en ese todo que se transforma milagrosamente en algo existente, es decir, realmente *todo*. Esa metamorfosis en mí no pudo producirse, dado que la parte positiva, la parte luminosa de la mística me está vedada.

Entre la exigencia de ser claro y la tentación de ser oscuro, imposible decidir cuál merece mayor consideración.

Tras haber pasado revista a todos aquellos a quienes deberíamos envidiar, constatar que no desearíamos cambiar nuestro destino por el de nadie. Todo el mundo reacciona igual. ¿Cómo explicar entonces que la envidia sea la más vieja y la menos agotada de nuestras taras?

Es difícil no guardar rencor a un amigo que nos ha insultado en pleno delirio. Por mucho que nos repitamos que no era él mismo, se reacciona como si por una vez nos hubiera revelado un secreto bien guardado.

Si el Tiempo fuera un patrimonio, un *bien*, la muerte sería la peor forma de expoliación.

No vengarnos sólo nos halaga a medias, puesto que no sabremos nunca si nuestro comportamiento nos ha sido dictado por la nobleza o por el amilanamiento.

El conocimiento o el crimen de indiscreción.

Contar en vano con la ventaja de estar solo. ¡Siempre escoltado por uno mismo!

Cuando se carece de voluntad, ningún conflicto es posible: con los abúlicos, imposible la tragedia. Sin embargo, la ausencia de voluntad puede ser sentida más dolorosamente que un destino trágico.

Se acomoda uno más o menos bien a cualquier fiasco, excepto a la muerte, el fiasco mismo.

Cuando se ha cometido una bajeza se vacila en asumirla, en designar el responsable, se pierde uno en cogitaciones eternas que no son sino una bajeza más, atenuada sin embargo por la acrobacia de la vergüenza y del remordimiento.

El alivio que se siente al descubrir en el umbral del alba que no existe beneficio alguno en ir hasta el fondo de cualquier cosa.

Si aquel a quien llamamos Dios no fuera el símbolo por excelencia de la soledad yo jamás le hubiera hecho el mínimo caso. Pero intrigado desde siempre por los monstruos, ¿cómo hubiera podido ignorar a su gran adversario, más solo que todos ellos?

Toda victoria es más o menos una falacia. Sólo nos afecta en la superficie, mientras que las derrotas, por muy pequeñas que sean, nos hieren en lo más profundo de nuestro ser, donde procurarán no hacerse olvidar, de manera que, suceda lo que suceda, podemos contar con su compañía.

¡La cantidad de vacío que he acumulado, conservando al mismo tiempo mi estatuto de individuo! ¡El milagro de no haber reventado bajo el peso de tanta inexistencia!

Sin el perfume de Incurabilidad que arrastra consigo, el tedio sería la plaga más difícil de soportar.

La conciencia de mi indignidad me anonadaba. Ningún argumento podía combatirla o disminuirla, ni siquiera la evocación de alguna de mis hazañas. Todo resultaba inútil. «No eres más que un comparsa», me repetía una voz segura de sí misma. Al final, exasperado, le repliqué con el debido énfasis: «Tratarme así pasa de castaño oscuro. ¿Crees que cualquiera podría ser el enemigo jurado del planeta, qué digo yo, del macrocosmos?».

Morir es probar que sabemos defendernos.

¡Con qué alegría saludamos la infidelidad del instante que se disocia de todos los demás, que

se libera de ellos traicionándolos!

A menos de cambiar totalmente, cosa que no sucede jamás, nadie puede liquidar sus contradicciones. Sólo la muerte nos ayuda a lograrlo, demostrando así que es más sagaz que la vida.

Durante milenios no fuimos más que mortales; henos aquí hoy por fin promovidos al rango de moribundos.

¡Pensar que hubiéramos podido dispensarnos de vivir todo lo que hemos vivido!

Sobre mi folio inmaculado un insecto, apenas visible, corría a toda velocidad. «¿Adónde vas, qué buscas, por qué tanta prisa? Descansa un poco...», le dije en plena noche. ¡Cuánto me hubiera gustado verle rajarse! Hacerse discípulos es más difícil de lo que parece...

No poseer nada en común con el Todo y preguntarse en virtud de qué desajuste formamos parte de él.

«¿Por qué fragmentos?», me reprochaba un joven filósofo. -«Por pereza, por frivolidad, por asco, pero también por otras razones...» -Y como no encontraba ninguna, me puse a darle explicaciones prolijas que le parecieron serias y acabaron convenciéndole.

El francés: idioma ideal para traducir delicadamente sentimientos equívocos.

En una lengua prestada se es *consciente* de las palabras, las cuales existen no dentro sino fuera de uno mismo. Esa separación entre nosotros y nuestro medio de expresión explica por qué es difícil, por no decir imposible, ser poeta en una lengua que no sea la propia. ¿Cómo extraer una sustancia de palabras que no están enraizadas en nosotros? El extranjero vive en la superficie del verbo, no puede, en una lengua aprendida tardíamente, traducir esa agonía subterránea de la que emana la poesía.

Devorado por la nostalgia del paraíso sin haber conocido un solo acceso de fe verdadera.

Bach en su tumba. Lo vi, como tantos otros, por una de esas indiscreciones a las que los enterradores y los periodistas nos tienen acostumbrados, y desde entonces pienso sin cesar en las órbitas de su calavera, que no tienen nada de original, a no ser que proclaman la nada que él negó.

Mientras quede un solo dios *de pie* la tarea del hombre no se habrá acabado.

El reino de lo Insoluble se extiende a ojos vistas. La satisfacción que se experimenta ante ello es, sin embargo, una satisfacción mitigada. ¿Qué mejor prueba de que estamos desde nuestro origen contaminados por la esperanza?

Después de todo, yo tampoco he perdido el tiempo, yo también me he zangoloteado como todo hijo de vecino en este universo descabellado.

Nota del editor

El lector que compare ésta con la primera edición francesa encontrará las siguientes modificaciones realizadas por indicación del autor:

Faltan los aforismos de las páginas 13 y 51 de la edición francesa («*Epouvantement...*» y «*Ciel*

morose...», respectivamente) por considerarlos intraducibles, así como el de la página 61 («Je ne pense pas...») por decisión personal.

Se ha añadido, en cambio, el aforismo «Un obispo africano...» (página 15 de esta edición), suprimido de la edición original.

"SÓLO SE SUICIDAN LOS OPTIMISTAS"

Por: Amparo Osorio y Gonzalo Márquez Cristo

Cinco años después del fallecimiento en París (20 de junio de 1995), del más notable pensador de los últimos tiempos, y recordando nuestra visita a su apartamento de la rue de l'Odeón, donde asistimos perplejos a la intensa luminosidad de su presencia, a su incesante lúdica y a su explícita ternura, nos parece imprescindible en este quinto aniversario reproducir como preludio su magistral epitafio:

"Tuvo el orgullo de no mandar jamás, de no disponer de nada ni de nadie. Sin subalternos, sin amos, no dio ni recibió órdenes. Excluido del imperio de las leyes, y como si fuera anterior al bien y al mal, no hizo padecer nunca a nadie. En su memoria se borraron los nombres de las cosas, miraba sin percibir, escuchaba sin oír: los perfumes y aromas se desvanecían al aproximarse a los orificios de su nariz y de su paladar. Sus sentidos y sus deseos fueron sus únicos esclavos: de tal modo que apenas sintieron, apenas desearon. Olvidó dicha y desdicha, sed y temores; y si en alguna ocasión volvía a acordarse de ellos, desdeñaba nombrarlos y rebajarse así a la esperanza o la nostalgia. El gesto más ínfimo le costaba más esfuerzos que los que cuestan a otros fundar o derribar un imperio. Pues nació cansado de nacer, se quiso sombra: ¿cuándo vivió entonces?, ¿y por culpa de qué nacimiento? Y si llevó su sudario en vida, ¿merced a qué milagro logró morir?".

Evocar a Cioran es volver a sus recurrentes abrazos, a su aguda mirada de halcón, a la forma en que se peinaba con los dedos, y también a nuestra correspondencia. Es, inevitablemente, volver a un rostro que durante la inolvidable entrevista sólo abandonó la risa cuando posaba circunspecto para las fotografías, con el propósito quizás de mantener su imagen de pensador de la desgarradura y de la destrucción. Es asistir al vértigo de su pensamiento, a su terrorismo espiritual, y de nuevo sentir sus manos encerrando las nuestras, mientras festejaba la sonoridad de las palabras españolas e indagaba por América Latina, afirmando que cuando se nace en países periféricos no todo es desventaja porque se tiene la lucidez de la pobreza. Y, finalmente, es releer con escalofrío las últimas noticias recibidas de él a través de su profundo amigo el poeta francés Roger Munier, cuando nos reveló el vertiginoso declive de su salud, para generosa y tristemente afirmar: Cioran decae. Se niega de manera obsesiva a tratamiento médico. Ni el dolor doblega su rebeldía. Es triste decirles que ustedes asistieron a su última lucidez.

He aquí su legado interior.

Recuerdo que no todo está perdido: aún existen los bárbaros.

Fue lo que escuchamos el 23 de octubre de 1991 cuando después de caminar bajo la lluvia de un París otoñal decidimos enfrentar al filósofo-poeta rumano caído del tiempo, quien postulaba el mito como origen de toda civilización y la duda como evidencia de su declinar.

Segundos antes, repasando su sentencia de que nadie podía conservar la soledad si no se ejercitaba en hacerse odioso, desembocamos en la puerta de su buhardilla y pudimos reconocer atemorizados esa firma que habíamos visto siempre con asombro, clausurando su correspondencia. Recordamos sus cartas en las que irónicamente desalentaba nuestra aventura secreta con sustanciales palabras, poniéndose como ejemplo de la derrota de la civilización.

Al oprimir el timbre con la falsa certeza de que abriría en un tiempo lícito que permitiera una profunda respiración preparatoria, se nos presentó de inmediato la imagen traslúcida, el rostro de luz de quien ante nuestro estupor nos animaba a entrar en todos los idiomas... Su intención de ir a comprar pan quedaba amenazada severamente.

El escritor nos condujo por un estrecho pasadizo hasta una pequeña sala donde se desprendió de la boina lanzándola sobre un sofá; sin embargo -aún atribulados-, no pudimos verificar el rumbo de su sombrilla que más tarde, antes de gatear bajo los muebles, causaría un problema lingüístico.

-La literatura no tiene importancia. Va a desaparecer, sería deseable que lo hiciera.

¿Para qué seguir invadiendo al mundo con nuestras angustias? Soy un escéptico: un apátrida, y París (antípoda del paraíso) es la ciudad propicia para quienes disfrutamos esta condición. No es normal serlo en un siglo de nacionalismos y esa característica inusual me basta. Aquí, en contacto con la cultura desdichada y gentil, he escrito que nuestra época quedará signada por el romanticismo de los exiliados, frase seguramente demasiado sentenciosa de un libro ya editado en español, bella lengua donde injustamente he logrado embaucar a algunos lectores; y por la cual me he aproximado a ciertas voces inquietantes, la de Octavio Paz entre otras...

-¿Y filósofos como Savater y María Zambrano?

-A él lo leo no porque sea filósofo sino porque es mi amigo. A María Zambrano acudí siempre en la inquietud y la búsqueda, ella iluminaba mis carencias. Cuando la visitaba con dos o tres interrogaciones retornaba con mil, ¿cómo no estar agradecido?

-Aquella huida del origen que se ha propuesto, ese querer hallar la salvación fuera del tiempo, ¿le ha asignado un inexorable desarraigo, de idioma y de patria?

-El tiempo es inhabitable. Hace 54 años abandoné Rumania y no he regresado. Practico una ruptura con el origen -comentó riendo-. Varias veces en estos años de ausencia me han hecho invitaciones oficiales, y por esa misma connotación las he rechazado. He querido ser inutilizable como los verdaderos santos, intento arduamente impedir ser vindicado por alguna causa justa o injusta. Al escéptico ni siquiera le es posible rebajarse a la insurrección, al clamor de la revuelta. Soy un profesional de la duda, y no existo sino cuando niego en un sentido esencial.

-¿Y esa fuga respecto del idioma cómo puede entenderse? El poeta Vicente Huidobro creyó que no se debía escribir en la lengua materna...

-Cuando se es adoptado por otra lengua existe un acercamiento a las palabras inimaginable en el dialecto que se utiliza desde la cuna, velado por su proximidad. Ahora escribo solamente en francés porque no puedo hacerlo en castellano. España y su cultura es algo de lo que extrañamente no he renegado. Pude recorrerla en bicicleta, pude habitar su pasión. Debí abandonarla porque comenzaba la guerra y porque se leía mucho a Unamuno. Advertí el deslumbramiento por su fracaso, el enamoramiento de su derrota, patentando así una decadencia continental. Supe también que el español es el idioma de la poesía. Es suficiente leer sus poetas místicos, su Siglo de Oro. El francés me parece demasiado preciso, su estructura se me hace bastante rigurosa. El español es sin duda la lengua de la desesperanza (condición para mí envidiable), por eso mismo la de la poesía. Basta ver los bellos y desolados títulos de los libros que me han traído. Además, es el único idioma donde era posible el tango.

-¿Si para Nietzsche la música era el vehículo sobre el cual avanzaba la tragedia, si usted sentencia que debemos escoger entre Brahms y el sol, y cuando ni siquiera la música puede salvarnos sólo nos resta la fascinación del crimen, entonces la propuesta central del tango resulta fructífera?

-El tango es de las pocas músicas que todavía me resulta tolerable. La defino como la más extraordinaria mixtura entre metafísica y burdel. Los despojados del amor se convierten inmediatamente en filósofos, el tango resuelve y engloba esta perturbación mágica de los amantes desdichados. Es impertinente tratar de definirlo. Lo fundamental es escucharlo. Sentir que en esta Edad de Oro del artista inconcluso, del personaje fracasado, somos varios quienes necesitamos rechazar la vana manía interpretativa de nuestro tiempo, entregándonos al placer de una música o de un texto... Reitero que todo intento por interpretar una obra la desvirtúa y que la academia es culpable de nuestro distanciamiento del éxtasis. Personalmente he tenido

mala suerte con los críticos, muchos se han ensañado con mi obra, en el peor de los casos para elogiarla.

-Volviendo a Nietzsche, más que transmutar los valores de Occidente, ¿usted se ha propuesto invertirlos?

-Me vinculan demasiado con filósofos, y sólo soy un ser humano... Creo que debemos liberar nuestros ojos, lograr que miren como los del camaleón en diferente sentido, y minar el campo del pensamiento. Basta tener hambre para saber que la corrupción es más humana que la virtud, acercarse a la poesía para entender que la angustia es benéfica. Y siguiendo esta lógica, afirmo que en el hastío duerme una rebelión que tarde o temprano sacudirá a Europa.

-Usted dijo alguna vez que sólo se suicidan los optimistas...

-Lo dije ante mi imposibilidad de superar la dialéctica que es la forma más elemental del pensamiento, la infancia de la reflexión. De esta manera, si nada valoramos de la vida, ¿qué podríamos valorar de la muerte?

-¿Nuestra opción de salvarnos precisa de un terrorismo contra el tiempo?

-¿Salvación? ¿Quién pretende salvarse? Yo me he escondido del tiempo. Tengo el privilegio de la desesperación, admiro a los insatisfechos, a los fracasados, a quienes dejan huir sus respuestas. La historia ha entronizado a los atroces. Y en lo relativo al tiempo no deseo usufructuarlo, ni en el ahora como los poderosos, ni en el porvenir como los acorralados en sus sueños.

-Hizo la promesa de no volver a escribir, de no volver a calumniar al universo, y de no seguir manteniendo correspondencia con toda clase de trastornados. Nosotros somos la negación de lo segundo; en cuanto a lo primero..., ¿continúa escribiendo?

-No... Sí... Están editando mi último libro, escrito hace 42 años. Íntimamente no creo en su valor si ha permanecido oculto durante tanto tiempo. Tiene un título prescindible (como los otros) y existe en él un inútil lugar para la esperanza.

-¿Prescindible como La tentación de existir, Ese maldito yo, Del inconveniente de haber nacido, Contra la historia, Desgarradura, Aciago demiurgo...? -enumeramos en español con ironía.

-La traducción los mejora: no se cumple el adagio italiano -dijo riendo-. Me consagro a la duda, el escepticismo es nuestro único botín en tiempos de decadencia, y un sistema para desplazar el imperio del yo, para delatar su impostura. La llamada otredad de los artistas explica para ellos su sumisión, su demonio. En ese caso son máscaras al abyecto servicio de una obsesión. Dirigir temas o historias, elegir las circunstancias de un episodio o un poema es sólo posible para los mediocres. ¡Que la duda me acompañe!

Cedimos ante la idea de que extender la visita impediría quizá la gestación de un aforismo tan significativo para nosotros como el filo de una espada, como el contorno de una espina. Nos preocupó coincidir con los tres minutos que para él -según había escrito- era posible pensar en un día, para no enloquecer; e intentando partir temiendo que nuestra presencia interfiriera ese breve tiempo de lucidez en el que indagaba en lo profundo, injuriaba a las estrellas, raptaba vértigos o aullaba contra la causa del hombre, nos retuvo con uno de sus famosos aforismos: Si Noé hubiera poseído el don de adivinar el futuro, sin duda habría naufragado.

-Ahora me gustaría que me acompañen por un pan de larga conservación que me disponía a comprar cuando llegaron -dijo solícito- y que favorece el aislamiento. Este quehacer, por fortuna, nada tiene de filosófico. Debo llevar un... se me olvidó cómo se dice..., ¡qué estúpido! -exclamó en español-, sabía esa bella palabra en su idioma.

Al comprender su inquietud nos arrojamos al piso buscando la sombrilla, y mientras realizábamos esa pesquisa infructuosa pensamos que con algo de suerte nuestros amigos perdonarían esta conversación con el último de los oraculares, pero jamás el hecho de haberlo acompañado hasta la boulangerie.

Poco antes de abandonar la buhardilla hizo énfasis en su reducido espacio vital. Vimos su pequeño estudio con una elemental máquina de escribir: en la antigüedad lo importante era pensar mientras escribir se convertía en acto accesorio, hoy lo importante parece ser escribir aunque no se piense, afirmó.

-Me hace feliz el haberlos hostigado con mis textos y colaborar con esa irredimible aventura que lideran. Les deseo el mejor de los fracasos -dijo al despedirse mientras regresábamos de

comprar el pan; ondeó su mano en el viento y en un grito que todavía atraviesa nuestra memoria nos dejó sus últimas palabras-: Chers amis, iadiós... y mucha ironía!

Lo vimos alejarse bajo la lluvia de París en el atardecer. Nos sentamos en un andén para recobrar el aliento y permanecemos en silencio sintiendo venir el llanto.

En la distancia había desaparecido ese hombre que se quiso sombra.
